

DON MARCELINO, VISTO POR UNAMUNO

Don Marcelino as seen by Unamuno

Laureano ROBLES

Biblioteca Valenciana

RESUMEN: El presente artículo analiza las relaciones entre Marcelino Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno. Se centra fundamentalmente en las influencias ejercidas por Menéndez y Pelayo en Don Miguel a quien conoció en Madrid en sus años de estudiante Universitario.

Palabras clave: Unamuno, Miguel de, Menéndez y Pelayo, Marcelino.

ABSTRACT: The present article analyzes the relations between Marcelino Menéndez y Pelayo and Miguel de Unamuno. It is focussed primarily on the influence exercised on Don Miguel by Menéndez y Pelayo, whom Unamuno met during his university years in Madrid.

Key words: Unamuno, Miguel de, Menéndez y Pelayo, Marcelino.

Si la vida es evolución, también los hombres estamos sometidos a ella, biológica e intelectualmente hablando; todos estamos condicionados por ella. Lo estuvieron también, como no podía ser de otro modo, Marcelino Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno; cada uno a su modo. No voy a fijarme en este trabajo en la evolución intelectual de don Marcelino ni tampoco en la de Miguel de Unamuno; sí, en cambio, en los juicios que éste tuvo del que fuera un día su maestro.

Como advirtió ya, en su día, Manuel García Blanco al editar la única carta que hoy se conserva en la Casa-Museo de Unamuno, de la Universidad de Salamanca, «está por hacer el estudio de las relaciones entre el polígrafo montañés y el inquieto vasco castellanizado»¹. Aunque no seré yo quien lo haga, voy, en cambio, a señalar algunos textos que deberían tenerse en cuenta para llevar a cabo dicho estudio.

Señalo, ya de antemano, que, –por lo que se refiere a Unamuno–, éste fue dejando atrás su virulencia juvenil para ser más sosegado en los años de su madurez humana.

Unamuno tuvo que conocer a don Marcelino, el mismo año que llegó a Madrid para estudiar en la Universidad. Fue en 1880, al frisar los 16 años, cuando dejó la villa de Bilbao para incorporarse a la «gran aldea», como la llamó entonces. En «La evolución del Ateneo de Madrid» (noviembre de 1915) encontramos no pocas noticias biográficas. Se lee en él:

se trasladó el Ateneo a su nueva casa y fue cambiando su carácter a medida que cambiaba, y no poco, el de la Corte de España. Y si aquel viejo Ateneo tiene para mi recuerdos, recuerdos de mi melancolía y nostálgica mocedad del Madrid de aquellos mis tristes años de estudiante en Corte, no tiene menos recuerdos este Ateneo, donde he actuado más de una vez y al cual debo mucha parte de mi nombre en España². Aspecto éste que debe ser completado con lo que escribiera sobre «Madrid y Bilbao» (marzo de 1888), que publicó en *El Noticiero Bilbaíno* y que lleva este subtítulo revelador: «Reflexiones de un bilbaíno en la Corte»³;

artículo en el que nos da las primeras impresiones que le produjo su llegada a Madrid.

Fue, sin embargo, durante el año 1882-83 cuando Unamuno tuvo por primera vez a don Marcelino como profesor. Desde entonces será, como lo llamará siempre, «su maestro»⁴, «el gran maestro»⁵, «mi verdadero maestro»⁶, «fui su discípulo dilecto»⁷. «El fue quien me dio la cátedra, a quien conocí, admiré y quise», escribió (1934) en «Renovación. Respuesta a un pésame»⁸. Concha Lizárraga, su esposa, acababa de fallecer (15- V-1934). Don Marcelino enseñaba en la Universidad *Historia crítica de la Literatura Española*. Vivía en aquel entonces en la Fonda de las Cuatro Naciones y tenía 19 años cuando se licenció, 21 de junio de 1883⁹. El tribunal estuvo formado por Mariano Viscasillas, como presidente, Francisco Codera, como vocal y Luis de Montalvo, como secretario. Unamuno tuvo que desarrollar por escrito el tema 78 del programa: «El bien. Concepto del bien mostrado en la conciencia:

1. GARCÍA BLANCO, Manuel. Una carta inédita de Menéndez Pelayo a Unamuno, en: *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (Santander), 1964, 199-203. Está en la Casa-Museo de Unamuno, Universidad de Salamanca, M.4,45 bis. En adelante sólo CMU.

2. E-VIII, 367-373; artículo publicado en *La Nación* (Buenos Aires), 24-I-1916, donde dice que llegó a la «gran aldea» hace 35 años; en las Navidades de sus 16 años; allí escuchó a Ortí y Lara, tomando notas en un cuadernillo en la biblioteca.

3. E- VII, 176-8. Lo publicó el 19 –III –1888.

4. E- I, 1264-78; E- III, 1231; E- IX, 1382-8.

5. E- IV, 472.

6. E- III, 1231.

7. E- III, 1232.

8. en: *Abora* (Madrid), 31- V – 1934; E- VIII, 1208.

9. *Universidad Central. Memoria-Anuario (1882-1883)*. Madrid. Tipografía de Gregorio Estrada, 1884

Orden»¹⁰. «No es lo que ellos me enseñaron, –recordará en 1933–, sino lo que de ellos aprendí, excitado por sus enseñanzas y no pocas veces en contra de ellos por mí mismo. Me enseñaron a leer en el más noble y alto sentido de la lectura, y enseñándome a leer, me enseñaron a escribir»¹¹.

Del 29 de abril de 1890 es la primera carta que conocemos de Unamuno a Pedro Mújica, amigo, cobilbaíno y lector de español en Berlín. En ella le dirá: «La masa de las gentes ilustradas creen que un lingüista es un etimólogo (a usanza de Trueba)¹². En mayo volvió a escribirle:

Supongo que Bucholtz tendrá noticia del juicio que Menéndez Pelayo... ha emitido de Trueba, de la opinión que aquí en España hay generalmente respecto a él. Todo esto puedo yo comunicarlo, así como datos de su vida. Conservo dos cartas suyas que me escribió en especiales circunstancias¹³, y puedo darle muchos datos respecto a su aficiones literarias y sus gustos, pues le traté algo. Respecto a sus conocimientos de vascuence puedo decir que eran casi nulos. Anécdotas de su vida sé muchas y auténticas; es un carácter que podría escribir de pe a pa¹⁴.

A Unamuno le pasó como a todos los que terminan los estudios, tener que ganarse la vida:

cuando acabé la carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó, desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces y siguen siendo a todo, pero muy especial a la filosofía y a la poesía –hermanas gemelas–, me preparé a hacer oposiciones, y las hice, primero a la cátedra de Psicología, Lógica y Ética, y luego a una de Metafísica. Pero mi criterio de entonces en materia y dada, sobre todo, mi independencia de juicio, que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones¹⁵.

10. O.C.

11. UNAMUNO, Miguel de. «La Universidad hace 20 años», en: *Abora* (Madrid), 17-VIII-1933, pp. 7-8; E-VIII-1197.

12. Unamuno confunde aquí Antonio de Trueba con Telesforo Trueba y Cossío, nacido en Santander (1798) y muerto en París (1835), autor del «Soneto al benemérito Riego», H.a.A.I, 55; *Carta de...* publicada por M. Núñez de Arenas, H.a.A., I, 59, Himno patriótico cantado en una función teatral de Santander el día 10 de julio de 1834, en: *Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo* (Santander), 16 (1934), 65-7; BARRERA, Fernando: El himno a Santander por don Telesforo de Trueba y Cossío, en: *Idem*, 16 (1934), 62-64; 65-67 (texto); en 1833. Véase el estudio crítico sobre Trueba hecho por don Marcelino (ed. 1876, Santander, p. 238).

Las cartas de Antonio de TRUEBA a Unamuno en Salamanca (CMU., T.2, 53.).

13. Salamanca, CMU., M.7 –29 bis, donde están los originales de las cartas de Pedro MÚJICA a Unamuno. Las citaré sin volver a hacer referencia.

14. *Cartas íntimas de Miguel de Unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Marraín. Santiago de Chile, 1965, Zig-Zag Editora, 456 pp. Desgraciadamente faltan muchos textos y fragmentos de la cartas de UNAMUNO.

15. Sobre la erudición y la crítica, en: *La España Moderna*, (Madrid), XVII, n° 204, diciembre 1905, pp. 5-26: E-I-, 1264-1278.

Escribe esto en 1905, donde puntualizará que don Marcelino, su maestro, presidió la cátedra que le dieron en la Universidad de Salamanca¹⁶.

Hasta llegar a dicha cátedra fueron varios los pasos que Unamuno tuvo que dar. El 1 de mayo de 1891 le dirá a Mújica que en *La Gaceta* que llegó ayer salió anunciado tribunal de griego (en el que figuran Menéndez y Pelayo y Juan Valera), añadiendo:

Así es que espero de un día a otro ser llamado a oposiciones. Por eso comprenderá Vd. que el tiempo que me dejan libre mis seis horas de lecciones lo tengo que dedicar al estudio del griego casi exclusivamente. Deseo salir de estas lecciones que embrutece y enmohecen para ir a una Universidad (Salamanca y Granada), allí tendré como base un sueldo por hora y pico de lección, seré independiente de padres y maestros, explicaré a mi modo y mientras cultivo mis estudios helénicos podré dedicarme a la filología neolatina. Ahora me veo obligado a desatenderla porque lo primero es alcanzar posición y estabilidad y ya que aquí (para vergüenza) no hay cátedra de filología romance tengo que optar a otras asignaturas. Una vez en puesto oficial (con otros, entre ellos Moguel) emprender campaña para que se instituyan en la facultad de Letras cursos de filología castellana, que buena falta hacen¹⁷.

El día 4 del citado mes y año, le escribía Mújica desde Berlín:

Menéndez y Pelayo y Valera tienen mi folleto; el segundo pidió mis señas en la Embajada; visítelos Vd. de cumplido (y mejor con recomendación) y dígalos que apoyen la idea de la fundación de los estudios filológicos romanistas. Veo que ha cambiado Vd. algo de carácter en el sentido que yo quería con ansia; de casado, le ha venido a soplar

16. Unamuno firmó la solicitud en Madrid, 16-V-1889; *Expediente*, p. 119. José Díez Macuso, director general de I-P- y B.A., firmó el título de catedrático, con un sueldo de 3.500 ptas. anuales, (Madrid 7-VII-1891); Navarro y Rodrigo, director general de Instrucción Pública, estableció (Madrid 4-VII-1887) que la cátedra saliera a oposición (*La Gaceta*, nº 198, 17-VII-1887, p. 156); J. Xiquera, nuevo director general, por R.O. del 20-IV-1889, volvió a decir que saliera a concurso (*La Gaceta*, nº 125, 5-V-1889, p. 379). Salamanca, firma la toma de posesión de catedrático, Salamanca, 13-VII-1891; *Expediente*, p. 126-7. El original está en la CMU; título expedido en Madrid, 28-XI-1891. Navarro y Rodrigo, director general de I.P. y B.A., estableció (Madrid 4-VII-1887) que la cátedra saliera a oposición (*La Gaceta*, nº 198, 17-VII-1887); J. Xiquera, nuevo director general, por R.O. del 20-IV-1889, volvió a decir que saliera a concurso (*La Gaceta*, nº 125, 5-V-1889, pág. 379).

17. *La Gaceta*, nº 118, 28-IV-1891, p. 339. Salió el tribunal de Salamanca: Menéndez y Pelayo, presidente; vocales: Lázaro Bordón, Antonio González Garbín, Enrique Soms, Juan Valera, Antonio Rubio y Julián Apraiz; suplentes: Juan Gelabert y Fernando Bireva.

Aspirantes presentados: Miguel de Unamuno, Roberto Ruiz de Velasco, Feliciano García, Roque Romo y González, Justo Cuervo.

El mismo día y en el mismo número salió el tribunal para la cátedra de Granada, formado por los mismo catedráticos.

Los firmantes, en cambio, fueron: Angel Ganivet, Narciso Sentenach, José Alemany, Miguel de Unamuno, Roque Romo y González, Feliciano García, Ruperto Ruiz de Velasco, «advirtiendo que los señores Romo y Unamuno tienen acreditada su aptitud legal en el expediente de la oposiciones, y el programa en la correspondiente a la vacante de Salamanca, y el señor Ganivet debe acreditar ante el tribunal antes de ejercitar tener los veintiún años de edad y el grado de doctor en 13 de mayo de 1890, y hallarse en posesión de los derechos civiles...». Doy estos datos, hasta hoy desconocidos.

la ambición, y eso me gusta mucho en Vd. Le dije a Vd. en una de mis primeras que hay que trabajar para hacer que se establezcan ahí cátedras de romance, y «que allí es donde Vd. debe ocupar su puesto», mejor que ninguno de nuestros paisanos. Dígaselo Vd. a Moguel que trabaje en ese sentido y... que me dé recibo».

Mújica venía diciéndole a Unamuno, desde hacía años, que había que establecer en la Universidad española Cátedras de Romance, y «que allí (era) donde él debe ocupar un puesto»; idea que tomó en serio. El 7 de mayo será Unamuno quien le diga a Mújica que

celebra que Menéndez y Valera tengan su obra pues son jueces míos en el tribunal. La gramática que pedí a Vd. es la misma que le recomendó su amigo. La necesidad para mis oposiciones. En cuanto me alivie de trabajo, sobre todo del que me proporciona esta condenada oposición, enviaré a Vd. mis notas sobre el romanismo en el vascuence»¹⁸.

La gramática que Unamuno pidió a Mújica no era otra que la *Gramática griega* de R. Kühner; obra que le había pedido el día 1 y que le remitió el día 4¹⁹.

El 20 de mayo volvió Unamuno a ponerse en contacto con Mújica. Estaba en Madrid, en plenas oposiciones:

Ya me tiene Vd. en la brega. Como puede figurarse sólo de griego me ocupo. Me ocupa demasiado tiempo el hacer visitas y buscar puntales, así es que el poco que me queda restante apenas me basta para estudiar algo. Hoy es el primer ejercicio, nos hemos presentado 4, entre ellos un fraile dominico de Vergara. Dicen que el fraile se retira y en ese caso quedaremos tres. El tribunal lo componen: Menéndez Pelayo, don Juan Valera, Bordón, Rubiós, Apraiz, Gelabert y Soms, este último condiscípulo y amigo mío»²⁰.

Es la primera vez que Unamuno le da a Mújica la composición del tribunal. Don Marcelino, presidente del mismo, había convocado a los opositores para el día 16 de mayo; el 20 hicieron los opositores el primer ejercicio (cuatro de los ocho firmantes). El 23 será Mújica quien le conteste a Unamuno desde Berlín:

Todos estos días no hago más que pensar en Vd., en sus oposiciones. Si no son ustedes más que cuatro, se lleva Vd. una plaza, de seguro, y tanto mejor si el fraile

18. Cf. UNAMUNO, Miguel de. *Escritos inéditos sobre Euskadi*, Edición y notas de Laureano ROBLES. Bilbao, Ayuntamiento, 1998, 277 pp. donde pueden localizarse las notas y textos.

19. KÜHNER, Raphael. *Ausfür hrliche Grammatik der griechischen Sprache*, Hannover, Hann, 1890

20. *La Gaceta*, nº 120, 30 – IV- 1891. Menéndez Pelayo, presidente del Tribunal, convocó a los opositores a la plaza de Salamanca para presentarse el día 16 del mayo, a las tres de la tarde en el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras, para proveer el sorteo de las trincas.

21. *La Gaceta*, nº 142, 22 – V- 1891. Menéndez Pelayo, Presidente del Tribunal, convocó a los opositores a la Cátedra de Granada para presentarse el día 6 del próximo mes de junio a las tres de la tarde en el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras, para proveer el sorteo de las trincas.

Yo mismo, en el artículo «Unamuno, socio de Euzko Ikaskunza (Cartas entre él y Ángel de Apraiz)», en: *Letras de Deusto* (Bilbao), nº 96, vol. 32, julio –septiembre 2002, pp. 211-257 pueden verse los familiares de Apraiz.

se corta la cogulla. Pelayo y Valera estarán por Vd., no lo dude; Soms, idem. de lienzo; Azpraiz ¿es el de Vitoria?, ¿dónde está de catedrático²¹, ¿dónde explica Soms?; Rubió me huele a *chiquió*, ¿es catalán? A Bordón, catedrático de griego, no sé dónde, le envío hoy un ejemplar.²²

Me voy a fijar en la carta que Unamuno le conteste a Mújica, desde Madrid el 28 de mayo, porque en ella nos va a dar una serie de datos sobre cómo se desarrollaron sus oposiciones. Leemos en ella:

Yo he recibido *Erlauterungen* de Curtius²³ y el primer tomo de *Das Verbum* que llegaron a tiempo preciso, pocas horas antes de encerrarme para mi segundo ejercicio, o sea el de la lección. En cuanto me desahogue un poco de esto de las oposiciones remitiré a V. las *Obras Completas* del Dr. Milá y Fontanals²⁴ que está publicando su discípulo y admirador Menéndez Pelayo.

No conozco el trabajo ese de Moguel *Cualidades que distinguen el lenguaje de Santa Teresa*²⁵. Es la primera noticia que de él tengo y le preguntaré por ello hoy mismo porque lo veo todos los días.

Llevo hechos ya dos ejercicios, el de preguntas y el de la explicación de la lección después de 24 horas de encierro. Del primero, o sea del de las preguntas, quedé descontento. Yo no sé lo que me pasó que cometí varias torpezas y apenas bajé del estrado eché de ver que había estado desbarrando y fuera de quicio. Los otros tres estuvieron medianos, el fraile mal, otro rematadamente mal, y el otro (auxiliar de Zaragoza) mejor que ninguno. Le soy a V. franco, creo sinceramente y sin pasión que soy superior a los otros 3 (de los cuales sólo uno vale algo), pero si me pidieran mi fallo en vista de los primeros ejercicios colocaría al auxiliar de Zaragoza el primero, yo el segundo, el fraile el 5º ó 6º y al otro lo reprobaba. Yo no hice ni la centésima parte de lo que podía haber hecho.

En los segundos ejercicios el fraile y su contrica han estado mal. Yo actué ayer y quedé bastante más contento que de mi primer ejercicio, pero como disponía de una hora y la materia era latísima por encerrar lo más posible en la hora me atropellé, corrí como un desesperado y embarullé infinidad de cosas, cosa que creo le hubiera a V. pasado que aún teniendo días, no una hora, se precipita. Eso fue que por sacar a luz todo lo que yo sé hice en vez de una lección una indicación de problemas y casos y orientación de cuestiones. Mi contrincante el auxiliar estuvo mediano en sus objeciones, lo que me dio ocasión para una rectificación que creo excedió en mucho a la lección.

22. UNAMUNO, Miguel de. *Epistolario Inédito, I (1894-1914)*. Edición Laureano ROBLES. Madrid: Espasa-Calpe, 1991, 32, 34 edité las cartas que UNAMUNO escribiera a Antonio Rubió y Lluch.

23. CURTIUS, George. *Erläuterungen zu meiner griechischen Schulgrammatik*. Prag, Tempsky, 1875, IX –226 pp.

Das verbum der griechischen sprache: Seinem bone nach dar gestellt. Leipzig, Verlag von S. Hirzel, 1873-1880, 2 vols.

24. MILÁ Y FONTANALS, Manuel. *Obras Completas del doctor.*, coleccionadas por Marcelino Menéndez y Pelayo, 8 vols., Barcelona, Libr. de Álvaro Verdaguer, 1874-1876.

25. SÁNCHEZ MOGUEL, Antonio. *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús: juicio comparativo de sus escritos con los de San Juan de la Cruz y otros clásicos de su época*. Ed. póstuma. Madrid, (s. n.), 1915, 157 pp.

En el fondo no estoy del todo satisfecho. Aún faltan 3 ejercicios, sobre todo el último que es traducción y análisis de un trozo, ejercicio el más importante y que es el decisivo, porque es el único racional. Se hace por escrito, con varias horas de preparación. El de preguntas es una caza a la sorpresa que nada prueba, la lección tras un día de prisión preventiva es otra barbarie que tampoco prueba gran cosa y la defensa del programa es insignificante. En realidad no hay más ejercicio que el práctico.

Las oposiciones deben acabarse antes del día 6, día para el cual estamos citados por el mismo tribunal a las de griego de Granada. De modo que aún seguiré aquí algún tiempo; si consigo esta cátedra hasta que se resuelva el expediente y pueda ir a Salamanca y si no las consigo hasta que den fin las otras. A las que en ese caso he de presentarme²⁶.

Al final de la misma, como quien no dice nada, le espeta: «si saco plaza verá Vd. cómo una vez seguro y en carrera me dedico a la filología castellana». Unamuno, todo hay que decirlo, le tuvo al paio la Cátedra de Griego. Sólo fue para él la fórmula jurídica de tener una nómina fija.

El 31 de mayo le contesta Mújica en estos términos: «lo que va Vd. a hacer, amigo, es enmendar los yerros de los primeros ejercicios en lo sucesivo. Si no pesca Vd. cátedra esta vez, vamos, me enfado de veras».

El 8 de junio le comunicaba Unamuno:

He sido propuesto a la cátedra de griego de la Universidad de Salamanca, por unanimidad. Acabó de decir este fallo y me salvó el ejercicio práctico que consistió en traducir a libro abierto durante $\frac{1}{4}$ de hora de un trozo de Homero, y durante otro $\frac{1}{4}$ de hora un pasaje de Platón, teniendo para prepararlos y buscar algún significado en el diccionario 5 minutos para cada uno.

El R.P. Cuervo, dominico, lleva el número 2.

Ahora me quedo a activar el expediente para poder ir de aquí derechamente a Salamanca a tomar posesión, y de allí a descansar a Bilbao, pudiendo así cobrar mi sueldo durante los meses de verano.

Visito ahora a los jueces. Ayer estuve con Valera y por incidencia hablamos de la Gramática de V., a la que puso algunos reparos, sobre todo el llamarla «castellano antiguo» cuando en realidad según él, no existe tal castellano antiguo como cosa distinta del moderno. La lengua de Ulfilas y aun la de los Nibelungos es distinta del alemán moderno y el clásico, pero no el castellano del Arcipreste de Hita y el actual. Esto me decía D. Juan Valera, señor amabilísimo, cortés y corriente.

Moguel, con quien me veo todos los días, me dijo que su trabajo sobre la lengua de Sta. Teresa se publicará (o no recuerdo si se ha publicado) en el Boletín de la Academia, creo que de la Historia, donde de se publican sus trabajos.

26. Pienso que si Unamuno fue propuesto para la Cátedra de Salamanca, no debió hacer los ejercicios de la oposición de Granada, véase nota 21.

El 11 del citado mes, Mújica le felicitaba en estos términos:

Con un abrazo muy apretado quisiera en este momento darle la enhorabuena. Ahora puede V. gritar «¡Viva la libertad! ¡Ya soy rey de mi casa!

Antes de que lo olvide, pida V. a su vecino del cuarto piso, a Baldomero Villasante, cartas de recomendación para Salamanca. Hemos de hablar mucho de ese pueblo; le conozco algún tanto, y hasta tengo en mi «Libro Mayor» de apuntes un dibujo de la torre de la catedral tomado desde la orilla del Tormes, junto al puente. Conocí a un catedrático y su señora, muy amables; ya no recuerdo su nombre; debe ser profesor de literatura de la Universidad; Villasante me presentó en esa como en otras casas, donde me apreciaba mucho y me hacían tocar el piano horas enteras. La familia de don José Solís, de mucho nombre, creo no vive ya allí, algún trapiqueo de su 2º hija le obligó a sentar sus reales en San Sebastián.

En Salamanca tiene V. dos paisanos: uno comerciante en hierro, junto a la plaza de los Arcos, Jaúregui, hermano de Benito de Bilbao, y una señora, viuda de un profesor de dibujo, hermano del difunto administrador de la misericordia (o Simiricordia).

Mújica termina su carta con este ruego:

En caso de que visite V. a Menéndez Pelayo después del recibo de ésta, dígame que voy a permitirme en mi Dialecto Aragonés²⁷ varias observaciones a algunas suyas, sobre todo a una muy interesante y que le ha de gustar.

Ahora («ahora sí que estarás contento...») que tiene V. cátedra, puede V. trabajar con holgura y sin apresurarse, disponiendo del tiempo que quiera. Si yo le pinchaba a V. era para que saliera de esa oscuridad en que vivía; si yo me he apresurado a publicar mi folleto, ha sido por necesidad; aquí, en nuestro Ateneo todo quisque es autor de algo, y yo casi no era nadie.

Unamuno se incorporó a la Cátedra de Salamanca, paso por alto lo que ya todos saben.

El 25 de diciembre de aquel año, Mújica le volvía a comunicar por escrito desde Berlín: Si hago un viaje a España,

sólo lo haría por echar una redada y acopiar materiales para mi obra y otras por el estilo, y en especial (no levante V. las cejas) para el Diccionario del castellano antiguo, corona de mi edificio. Con él espero probar a Menéndez Pelayo (¡papa! ¡papa! llama la rorra) que existe en castellano antiguo, y que lo que dice en noviembre del pasado en *La España moderna*²⁸ es un solemnísimo desatino, como el de Valera, quien, entre paréntesis, escribe muy serio en el mismo *científico* órgano que «el catalán estuvo a punto de degenerar de idioma en dialecto». ¡Qué par de filólogos, Dios mío!. Al fin académicos.

No fue nunca don Marcelino santo de la devoción de Mújica. El 10 de julio de 1892 le comentaba a Unamuno desde Oberhof (Thüringen) en estos términos:

27. MÚJICA, Pedro. *Dialecto Aragonés*. Berlín, 1892.

28. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino.

He leído una de las obras de Menéndez Pelayo y parte del libro que se publicó con motivo de nuestro Congreso, costeadado por el emperador. Cosiendo dos ideas de Pelayo y de Waetzal, que escribe en el último un artículo sobre *Les décadents*, no acierto a dar una puntada. Aquél pone a Vds. los heterodoxos místicos como psicólogos o episcólogos (que parece dicen en el Ateneo) sutiles que examinan lo más recóndito del alma. Este dice que Wagner, Tolstoi y Schopenhauer (creo) son escalas de tránsito a Santa Teresa de Jesús y a no sé que otro místico español. A ver, explíqueme V. este barullo.

En España, salvo excepciones, no hay intelectuales, en el sentido germano. Hay hombres leídos. El 23 de octubre de 1893 volvía a decirle Mújica:

En mi contestación a la carta de Tobler, daba un varapalo al «club de los inútiles» por no haber admitido en el Diccionario voces que están diariamente en boca del pueblo. Por la tarde del mismo día, tropecé con él, hablamos (en alemán) de varias cosas y se despidió diciendo: «Voy al club de los inútiles». Sabe V. que como Hübner es miembro de la «Academia de Ciencias». Por supuesto, tuve que decirle que el «club» de aquí ni por el forro se parece al otro. «Quite V. a Valera, Galdós, Pelayo y otros dos o tres; a los restantes no los conocen, más que en su casa, a las horas de comer», le dije. «Han escrito unos versos muy malos, alguna comedia silbada como Grillo, *el poeta de algodón con vistas de hilo* y nada más». «Son viejos», me dijo «pues a San Bernardino con ellos, o a los inválidos, no a echar a perder nuestro hermoso idioma.

De lo que no estoy seguro es, si los juicios que se formó sobre don Marcelino, son suyos o de Unamuno. El 22 de mayo de 1895 le había dicho éste:

Mi viaje a Madrid, con motivo de haber sido nombrado vocal de un tribunal de oposiciones, me ha sido beneficiosísimo; he reanudado relaciones y entablado otras nuevas. Allí vi a Menéndez Pelayo echo una ruina, medio alelado, sucio, avejentado y en el camino del alcoholismo: una ruina y una lástima. No quise creerlo hasta que estuve con él. Es para poco tiempo, degradado como Cavia y como tantos otros. Pasé unas tres horas charlando con D.^a Emilia Pardo Bazán y veía a diario a Echeagaray en la tertulia del Ateneo.

Mújica repetirá prácticamente lo que le dijo aquél: «Un amigo de Menéndez Pelayo, digo dos amigos, se me han enfadado porque dije de él lo que Vd. viene a decirme. Que tiene el espíritu enfermo, y el juicio no muy cabal. En sus obras, que Vd. está coreando, se ve al hombre en un período de degeneración constante», leemos en la carta que le escribe a Unamuno el 25 de mayo de 1895.

Desde febrero de aquel año, Unamuno venía publicando en *La España Moderna*, de Lázaro Galdiano, lo que con los años terminará siendo una de sus obras mayores, *En torno al casticismo*. En mayo había publicado el capítulo IV, titulado «De mística y humanismo». En aquella carta de Mújica, fechada el 25 de mayo, se lee: *En torno al casticismo*. Lo primero que me llamó la atención fue el título. Tenía yo en mis cajas de zinc una papeleta: «Casticismo», no trae la Academia. Luego, leí, leí, y dije exactamente lo que V. dice: «resultan los artículos incoherentes y un poco enrevesados». Menéndez Pelayo y Valera habrán dicho: «vaya, el Unamuno de las oposiciones, en esa cabeza hay plétora de conocimientos, pero al exponerlos con método

es ella: salen con un fuerte chorro». A continuación le habla de una de sus obras y del parecer que de ella tiene don Marcelino. Dice así:

En mi *Maraña*²⁹ al final ¿No la ha leído V.? Pues queda la mitad de la edición por vender. Pídala a Madrid. Cuesta un sablazo de 1.50 ptas. Una lata. (Clarín escribió una larga crítica favorable. Menéndez Pelayo me tiró a codillo, pero confesó que es buena. Hablaron de ella *El Globo, La Correspondencia, El Heraldo, etc.*).

Embuelzar en bolsas.

(¿Continuará V.?)

Haga el favor de remitirme sus artículos. En la biblioteca no se pueden leer. Está todo muy estrecho, y huelen los judíos que apestan. Cuando los lea despacio, le diré mi pobre opinión. Hay notas sobre Menéndez Pelayo que no se me escaparon. ¡Diablo! Estoy cansadísimo, con la tal nueva *Maraña*.

Dos años más tarde, el 9 de febrero de 1897, le escribirá: «A Menéndez Pelayo le doy un par de metidos en mi obra nueva. Tengo en cartera un análisis de él. Vd. le conocerá bien». Mújica acaba de terminar el manuscrito de *Maraña del Diccionario de la Academia*.

El 6 de junio de 1898, volvió Mújica a meterse con don Marcelino, una vez más, como paradigma de lo que no hay que hacer:

Ya me tienen aquí cargado con sus conocimientos de librería y sus cacerías de pergaminos. Se ponen a estudiar la lenguas modernas a lo Menéndez Pelayo, como si fuesen latín o griego. Precisamente mañana pienso tener una agarrada con mi director del Seminario. Ya va él entrando en punto al estudio práctico del lenguaje; pero como todo profesor alemán, se paga mucho de esos fuegos artificiales de cátedra en que el maestro diserta sobre la eternidad del cangrejo, y el alumno sale como el negro del sermón, teniendo que acudir a la biblioteca, y zambullirse en empolvados textos y en libracos inútiles para seguir las habilitadas de su dómene.

El 17 de enero de 1899, en un tono despreciativo, le pedirá a Unamuno que le remita el número de *Vida Nueva* «(¿Cómo será él!)», en el que don Marcelino publicó un artículo sobre Wagner. Unamuno, por su parte le contestaba el 6 de marzo: «El artículo de Menéndez Pelayo en *Vida Nueva* acerca de Wagner es un trozo de su *Historia de las ideas estéticas*, tomo 7 u 8. ¿Quiere Vd. esta *Historia*? Por lo demás el juicio de Vd. acerca de Menéndez es exacto, aunque lo que de Wagner dice no creo que esté mal, porque es mero reflejo de lo que otros han dicho». Por su parte Mújica volvió a decirle a Unamuno el día 9 en estos términos:

Conozco y tengo de lo Wagner por Menéndez Pelayo. Es mucha lata esa *Historia*, pero tiene cosas buenas, no del autor siempre, sino de críticos extraños. Como obra de enseñanza, bien. ¡Cuántos pero habrá V. hallado en esos farragosos libros! Ya suponía yo que no era músico, ese hombre seco de alma, esa momia enterrada hoy inmanente en un cúmulo de libracos. Mire V. que haber hecho eso mismo con un hombre de la frescura de su antecesor, es un crimen.

29. MÚJICA, Pedro. *Mañana del Diccionario de la Academia*. Madrid, 1895.

El desprecio hacia don Marcelino será mayor a medida que pase el tiempo. El 11 de mayo de aquel año de 1899 le dirá Mújica: « Me alegro de que enderece Vd. la cabeza a M. Pelayo. Ese hombre no existe más que para veinte o treinta españoles a lo sumo. Es una verruga en el cuerpo de la juventud española. A mí me apesta com Castelar, la Pardo Bazán y otros pedantes».

Por desgracia no se conoce la carta en la que le contestaba Unamuno. Conocemos, en cambio, la que éste escribiera a su discípulo Eloy Luis André el 7 de agosto de este mismo año. En ella podemos leer:

Lo de que haga versos y se sienta literato y le gusten a la vez las materias filosóficas y sociales no son cosas contrapuestas. La literatura no es algo específico, sino una integración. No se vaya usted a estudiar literatura, que eso debe quedar para eruditos y los eruditos de literatura no son literatos propiamente. Querer hacerse novelista o dramaturgo leyendo novelas y dramas es hacer novelas de novelas y teatro de teatro; así se cae en el *literatismo*, en el oficio, en tecnuerías. Así se hace uno, si es versificador, ebanista de versos. Estudie usted de todo, filosofía, religión ciencias sociales, cuanto le tienta la tentación, y los versos le brotarán llenos y preñados. No entiendo qué es eso de ir a estudiar materias literarias. La literatura, si es honda, es flor de toda cultura. Los grandes poetas han sido por debajo grandes pensadores, o grandes *vividores*. No son mejores literatos los que se enfrasan en estudios de historia o técnica literaria; Menéndez y Pelayo no ha logrado acertar, Moguel no es un literato en el estricto sentido sino un erudito de literatura³⁰.

Las ideas aquí expuestas serán desarrolladas por Unamuno a lo largo de los ocho escritos que forman su ensayo *De la enseñanza superior en España*; publicados en la *Revista Nueva* de Madrid, entre agosto y octubre. Leemos en el segundo de ellos:

¿Escuela? No sé que las haya habido en España, lo que se llama escuela, como no fuesen las poéticas del gongorismo y el conceptismo. Aquí nunca hemos tenido ciencia española, aunque haya habido tales o cuales españoles hombres de ciencia. Esto no cabe negarlo después de los trabajos de Menéndez y Pelayo, quien demostró hasta la saciedad que no ha habido tal ciencia española. Retórica, sí; ésta la hemos tenido castiza³¹.

Y poco más adelante, después de hablar de sus oposiciones, añade:

Se chilló mucho cuando se supo que no se le reconocían a Menéndez Pelayo sus obras como mérito por no haberlas presentado al Consejo, a que informase y las declarase de mérito oficial. Y estuvo bien hecho, porque vale más pecar de empacho de legalidad que de lo otro. Nuestra prensa dijo entonces mil tonterías, como cuando la Real Academia prefirió Commelerán, un lingüista técnico, a Galdós, un gran literato³².

30. EI, I, 68.

31. EI, I, 741.

32. EI, I, 743.

El 15 de octubre de 1901, contestando Unamuno a Antonio Rubi6 y Lluch, que habfa sido vocal en las oposiciones de Salamanca, reconocer6 expresamente, –una vez m6s–, que don Marcelino fue el presidente del tribunal de las mismas, a quien le debe su c6tedra, y 6l (Rubi6) uno de los que le votaron:

Tambi6n yo le recuerdo con frecuencia que no es de olvidar, aparte otras cosas, que fue usted uno de los siete jueces que me otorgaron la c6tedra que ha sido la base de mi carrera. Si a la quinta oposici6n logré puesto debido fue a dar con un tribunal como el que presidi6 Don Marcelino y tuvo a usted entre sus vocales³³.

Don Marcelino, sin embargo, fue siempre para Unamuno un paradigma y una contradicci6n. En carta a Mújica (31-X-1901) le dir6 que Manuel Ugarte fue siempre un adulator «y envidioso y poco sincero. Se pas6 los 6ltimos a6os adulando a unos cuantos viejos (Valera, Gald6s, Men6ndez Pelayo) y torciendo el gesto a los j6venes³⁴. Un a6o m6s tarde, el 22 de octubre se le quejaba a Mújica de c6mo, a pesar de los ditirambos que habfa proporcionado don Marcelino a Men6ndez Pidal con motivo de su ingreso en la Real Academia, *La leyenda de los Infantes*, seguía sumida en el olvido total.

«¡Qu6 desatinos suelta!» don Marcelino, —le contar6 Mújica a Unamuno (25-X-1902), cuando se mete a *filologar*.

Son las dos formas distintas que hay de trabajar: la de don Marcelino y la de Men6ndez Pidal. Unamuno lleva camino de convertirse en otro Marcelino si sigue sus pasos. El 14 de febrero de 1903 se lo recordará Mújica:

Conforme con la riqueza de sus ideas y de su lengua, de la cual tengo docenas de voces anotadas. Peor no lo estoy a veces en la forma, descuidad6sima a ratos, esquinosa, inflexible. Creo le ha hecho a V. da6o. Hay que transigir algo con el gusto corriente, y chocar lo menos posible con 6l. V. serfa un gran empapuzador de ideas, que es lo que hace falta en Espa6a para ganar el tiempo perdido; pero no se adapta V. bien al p6blico, de quien exige V. demasiada atenci6n, sabiendo que es flojo para pensar, perezoso y atrasad6simo. Forjador de idiomas, si es V., porque en primer lugar domina la materia sobre que escribe, y luego conoce V. bastante bien (no del todo bien) la lengua. Nuestros escritores hacen volantines y juegos malabares, con 6sta, o se aferran al casticismo, librea c6moda, para ocultar la pobreza de ideas, la inseguridad sobre el asunto que tratan. No hay nada en lo que se lee. Un vacfo desconsolador. Qu6teles V. a 6sos mocetes la forma, y quedan en pelota, desnudos de conocimientos. Es V. una grata excepci6n en Espa6a, pero le va a V. a suceder lo que a Men6ndez y Pelayo, gran hombre, pero tres docenas de personas. Las restantes con decir: ¡Ah, Men6ndez Pelayo!, se acab6. Con V. est6 sucediendo ya lo mismo. ¡Ah!, ¡Unamuno! Y no salen de ahf. No le conocen ni por el forro.

33. EI, I, 101.

34. UGARTE, Manuel. Su correspondencia con Unamuno (Salamanca, CMU., U., 6-7-8), que pienso publicar en breve.

Se acerca el III Centenario del Quijote. Con tal motivo se publicaron una serie de textos sobre Cervantes. Unamuno prepara el suyo. Le ha pedido a Mújica datos. El 25 de junio de 1904, le contestaba éste: «Procuraré hallar algo acerca del caso en alguno de esos mazacotes y «elegantes» libros de Menéndez Pelayo que me regaló Areilza como quien echa margaritas a puercos (es mucho hombre ese don Modesto)». En abril de 1905, Unamuno publicaba en *La España Moderna* «Sobre la lectura e interpretación del Quijote»³⁵. Allí, como se verá, don Marcelino ocupará el puesto central.

1. UNAMUNO, TRADUCTOR DE F. WOLF

En la edición que hice de la correspondencia de Lázaro Galdiano con Unamuno llamé la atención sobre este particular³⁶. En aquel entonces me limité a publicar las cartas que le escribió Lázaro a Unamuno. Por ellas podemos saber que éste tradujo para Lázaro la obra de Fernando Wolf, como también los pasos que dio para ello.

Aunque no se conocen desgraciadamente las que Unamuno contestó, por las de Lázaro podemos conocer en parte el contenido de aquéllas. Sabemos, por ejemplo, que el 2 de diciembre de 1893 le escribía Lázaro contándoles que tan pronto recibiese los originales que le había pedido de la obra de Wolf, «se los enviará, para que vaya traduciéndolos».

La primera carta que Lázaro envía a Unamuno es del 26 de enero de 1893. Por aquel entonces debieron ponerse en contacto ambos de forma epistolar. Unamuno debió acudir a Lázaro, sin duda, a instancias de don Marcelino al mismo tiempo que –aprovechando la ocasión– remitía a éste la traducción parcial que había hecho de *La beneficencia* de Spencer. En esa carta se lee: «Lo que he visto de su traducción de Spencer está muy bien. Como tengo empeño en que esta obra vea la luz en español antes que en francés, le envío hoy algunas pruebas rogándole que las corrija y devuelva a correo seguido, del propio modo que las que vaya recibiendo en adelante». Dos días mas tarde (28 de noviembre), le añade: «Le envío la letra de pesetas 200 por la traducción de Spencer». El día 29 le dirá: «Ayer le escribí muy deprisa y le mandé las 200 ptas, de la traducción de Spencer».

Quiero hacer constar que la etapa de Unamuno como traductor, más se debe a una necesidad económica (*pro pane lucrando*, dirá él mismo), que a una vocación profesional. En junio de 1891 había ganado la cátedra de la Universidad de Salamanca. Don Marcelino había estado en el tribunal y, en cierto sentido, Unamuno le debía el voto que le había dado. La traducción que hizo para Lázaro de Wolf, le interesaba más al maestro que al discípulo. Éste tuvo que hacerla, además de «para ganar unos cuartos» para complacer a su maestro.

35. E- I, 1227-1238.

36. Las cartas de José Lázaro Galdiano se encuentran en CMU, L.2, 28-31; ROBLES, Laureano, Cartas de J. LÁZARO a Unamuno (1893 –1912), en: *Volumen homenaje cincuentenario de Miguel de Unamuno*, Salamanca, CMU, 1986, pp. 743 – 792.

En otra carta de Lázaro vemos lo siguiente: « Hoy (11 de diciembre de 1893) ha llegado el libro de Wolf que le envío adjunto para que lo traduzca». Unamuno se puso a trabajar de inmediato. A medida que va traduciendo le va remitiendo las cuartillas, para que Lázaro –a su vez– se las envíe a Menéndez Pelayo y vaya poniendo notas. En la carta del 29 de enero de 1894 le decía a Unamuno: «He recibido las cuartillas de Wolf que paso a Menéndez para su anotación y le aviso el recibo para su tranquilidad».

En la carta del 21 de febrero leemos: «Han llegado las 815 cuartilla que entrego al Sr. Menéndez y Pelayo».

A finales de marzo(30), Unamuno había terminado la traducción: Llegó todo el original de Wolf, según leemos. Lázaro, que le había prestado el texto original de Wolf, le pide a éste que se lo devuelva, «para que corrija las pruebas Menéndez y calcular sobre el impreso la cantidad que le debo y remitírsela». Así lo hizo, y Lázaro dará acuse de recibo el 4 de abril: «el libro de Wolf lo recibí, abonándole 650 ptas. por la traducción: «le envío L./ a la vista de seiscientas cincuenta pesetas, que se me figura sea lo que le corresponde por la traducción de Wolf teniendo en cuenta lo que me cobra Dorado Montero y que Vd. no ha de corregir las pruebas». Debo añadir, sin que nadie se moleste por ello, que Unamuno, en materia económica, fue siempre un usurero; como pasase un día y no le pagasen, escribía de inmediato una carta reclamando sus honorarios. De ahí el sentido del texto de Lázaro. Éste publicó primero la obra en la revista *La España Moderna* de octubre de 1894 a octubre de 1896³⁷. Aprovechando la composición del texto, lanzó luego una edición en dos volúmenes³⁸. En la carta del 18 de diciembre de 1896 leemos: «Le envío el tomo de Wolf, único publicado», a la vez de un ejemplar de *Vida de los Santos* de Renan³⁹, *Historia de la literatura inglesa* de Taine⁴⁰, *El mundo como voluntad* de Schopenhauer⁴¹, *La economía* de Wagner⁴², etc. El segundo volumen debió salir, por tanto, en

37. Carta 5, nota 2.

38. Carta 5, nota 3.

39. RENÁN, ERNESTO. *Vida de los Santos* (Biblioteca, 236) Madrid, *La España Moderna*; (1895), 312 pp. Falta el ejemplar de la Biblioteca Unamuno.

40. TAINÉ, HIPÓLITO –ADOLFO. *Historia de la literatura inglesa* (Biblioteca 268-9,313,337 y 338), 5 vols. Traducción de José Caso. Madrid, *La España Moderna (1891-1901)*. Se hizo una segunda edición, I, s.f., 362 pp.; II, 1900, 374 pp. III, s.f., 375 pp. V, s.f., 380 pp. José de Caso aparece como profesor en la Universidad de Madrid.

41. SCHOPENHAUER, ARTURO. *El mundo como voluntad y como representación* (Biblioteca, 242-4 y372), 3 vols. Traducción de A. Zozaya y González. El primer artículo que se tradujo para la revista *La reputación y el punto de honra* apareció en *La España Moderna*, nº 18, junio 1890, pp. 175-188. Falta el ejemplar de la Biblioteca de Unamuno.

42. Se refiera tal vez a *Recuerdos de mi vida* (Biblioteca, 4), de 1891, 350 pp. El texto que había sido publicado con anterioridad en la revista, nº 33-37, de septiembre a enero de 1892, falta igualmente de la Biblioteca de Unamuno.

los primeros meses de 1897. El 5 de julio de 1900 Lázaro le remitirá a Unamuno una factura por el envío de un ejemplar de la obra de D. G. Arturo Frontini, de Catania.

El proceso de trabajo que Unamuno llevó en la traducción de Wolf lo conocemos a través de las cartas que escribe a Pedro Mújica. En la del 17 de diciembre de 1893 leemos:

Después que acabé la traducción de *La Beneficencia* de Spencer al editor Lázaro, para quien la hice, me ha remitido los *Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen Natinnallitaratur* von Ferdinand Wolf. Aunque la obra es algo antigua, de 1859, y aunque pesadilla y recargada, *more tudesco*, con erudición farragosa y fatigante se la traduzco puesto que lo quiere y a la vez que aprendo algo me gana mis 10 ó 12 pesetillas cada día en el rato que le dedico. Podría hacer más pero necesito tiempo para mis estudios. Ahora le he ofrecido traducirle el *Sartor Resartus* de Tomás Carlyle y del alemán *Quintus Fixlein* o alguna obra de Juan Pablo Richter, escritor aquí no traducido, y que a pesar de sus extravagancias y barroquismo, y lo estrafalario de su estilo me gusta mucho⁴³.

Dos meses más tarde, el 1 de febrero de 1894 vuelve a decirle:

Ahora si que puedo decirle sin que sea metáfora ni excusa que estoy agobiado de trabajo. A mí cátedra, mis lecturas y trabajos en telar, se una la tarea de la traducción, de la que me dan constante labor y a la que saco de 10 a 12 pesetas diarias. Ahora estoy traduciendo del alemán los *Estudios acerca de las Literaturas Española y Portuguesa* de Fernando Wolf. Me darán por ello unos 3.000 reales. Amigo, hay que ingeniarse porque la familia aumenta. En efecto, el 13 de enero dio a luz mi mujer un niño, mi segundo hijo, al que llamamos Pablo. Fue un parto felicísimo, cuando llegó el médico, el niño estaba fuera⁴⁴.

Años más tarde, con una personalidad ya hecha y en plena creatividad literaria, recordando los años de juventud que pasó traduciendo para Lázaro, volverá a escribirle (4 de julio de 1911) en estos términos: «Recordaba cuando por encargo de Lázaro y por ganar unos cuartos traduje un libro de Fernando Wolf sobre nuestra literatura. ¡Qué erudición bibliográfica! ¡qué conocimientos! ¡qué horrible sequedad de espíritu! Esa crítica filológica e histórica, sin alma, profesional, me revienta» terminará diciéndole⁴⁵.

Pedro Mújica, por su parte, le contestaría a Unamuno (7 -III-1894): Si no va a poner alguna nota a la obra de Wolf, utilizando la edición del manuscrito de Viena, adquirido por Juan Valera.

43. Cf. *Cartas inéditas de Miguel de unamuno*. Recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larraín, Santiago de Chile, Empresa Editora Zig- Zag, 1965, pp. 216-7. El lector no debe fiarse de esta edición censurada, corregida, resumida y suprimidos muchos textos, especialmente los políticos y filológicos. Hace falta una nueva edición íntegra, en la que se incluyan también las cartas de MÚJICA a Unamuno guardadas hoy en Salamanca, CMU, M. 7-29 bis.

44. O.C., p. 217.

45. O.C., p. 353.

No quisiera terminar estas notas sin dar a conocer una carta que Miguel de Unamuno dirigió al crítico portugués, Fidelino de Figueiredo⁴⁶, en la que le da su parecer sobre la traducción que hizo de la obra de Wolf, a instancia de don Marcelino.

Figueiredo era, en aquel entonces, director de la *Revista de Historia*, Lisboa. El 21 de octubre de 1919 le escribe a Unamuno diciéndole que estando preparando un estudio sobre *Meneñdez y Pelayo e os estudos portugueses*⁴⁷, precisa materiales bibliográficos que no tiene, como la traducción que había hecho de la obra de F. Wolf.

Unamuno, que solía contestar a cuantos se interesaban por problemas serios, le responde el 18 de noviembre⁴⁸ en estos términos:

Sr. Fidelino Figueiredo:

El caso es, señor mío, que tampoco yo tengo ni un solo ejemplar de mi traducción de la obra de Wolf, sin adición alguna de M. y P., aunque así rece la nota bibliográfica. No le adición nada. Si yo tuviera algún ejemplar, aunque solo fuera el mío, no ya se lo enviaría, sino que se lo regalaría. Pero como esa obra se tradujo por encargo, *pro pane lucrando* y contra mi gusto, jamás me interesó y hasta la cobré aborrecimiento mientras la traducía, ni tengo el original alemán ni mi traducción. Y me choca mucho que no se encuentre a la venta ejemplar alguno, pues no comprendo que haya habido tanta gente interesada en poseerla. Acaso se hizo una pequeña tirada, ya que quien me la hizo traducir fue el mismo Menéndez y Pelayo, que deseaba conocerla y a quien le costaba muchísimo leer el alemán. Es decir, que en rigor la traduje para que él la leyera. Y por cierto no se publicó un *estudio sobre La Celestina* del que se aprovechó Menéndez y Pelayo para otro suyo que apareció poco después de haberle yo enviado mi traducción del de Wolf. Claro está que el de M. y P., está más animado, más artístico, más ameno y más brillantes que el de Wolf, pero fundado en el de éste. Y luego, ¡claro! M. y P. que, como el zorro, acostumbraba a ir borrando con el jopo la huella de sus pasos, hizo que el estudio de Wolf no apareciera en castellano. ¡Cosas de eruditos!. Y menos perdonable en M. y P. que era muy otra cosa y mucho más que un mero erudito como Wolf (soy de los que gustan de las poesías de M. y P. y admiro su elocuencia y no su erudición). De Wolf, como le digo, quedé harto. Luego me emancipé y no he necesitado después traducir contra mi gusto. Pero comprendo que el libro de Wolf pueda ser útil como instrumento de trabajo, como lo es un catálogo ilustrado y hasta una obra de mera bibliografía.

Lo que voy a ver es si la tiene la Biblioteca Universitaria de aquí y si hay medio de enviársela. Aunque lo dudo, pues ponen a ello muchas dificultades.

46. Salamanca, CMU, F. 2, 30.

47. FIGUEIREDO, Miguel. «Menéndez y Pelayo e os estudos portugueses,» en *Revista de Historia* (Lisboa), 1919, pp. 241-276; 1920, IV, pp. 3-14; 1921, X, pp. 151-154: *Cartas de Menéndez y Pelayo a García Peres*. Publicadas, con prefácio e notas, por..., Coimbra, Imprensa da Universidade, 1921. Agradecido por el dato a Andrés del Rey Sayagués.

48. La carta de Unamuno no está datada, pero en la que le contesta Figueiredo (3-XII-1919) acusándole recibo, se da esa fecha.

Pero procuraré arreglarlo, aunque ahora yo no tengo intervención en las cosas universitarias y hasta estoy apartado de ellas. Pero lo intentaré.

Queda suyo affmo, a, y s. s.
Miguel de Unamuno⁴⁸

No quito ni pongo nada. Sólo constato, como los notarios, lo que Unamuno dijo: la traduce porque don Marcelino no sabía alemán. Los críticos tendrán que confirmarlo.

También dijo esto de Urbano González Serrano, que tradujo *Sobre la voluntad en la Naturaleza* de Schopenhauer, porque no sabía alemán⁵⁰, tal como leemos en el artículo «Eso de la ligereza francesa» publicado en *La Nación* de Buenos Aires años después⁵¹. Mucho alardeaba Unamuno de saber alemán. Habría que precisararlo también.

2. DON MARCELINO Y «LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA»

El trabajo que estoy escribiendo sobre don Marcelino es lo más opuesto a lo que solía hacer Unamuno. Desde luego, él no lo hubiera hecho nunca; aunque también reconozco que, para reconstruir un *puzle* hay que tener las piezas. Sin ellas es imposible hacer nada; con ellas todo es posible. Por otro lado siempre resulta fácil perorar pero sin decir nada en serio o con fundamento.

No voy a tratar aquí si hubo o no filosofía en España; y menos aún si la hay actualmente, aunque yo, oficialmente haya sido catedrático de Filosofía Española en la Universidad de Salamanca.

Entre los muchos texto que se guardan en la Casa-Museo de Unamuno, escritos en cualquier papel, encuentro éste, que por inédito doy a conocer⁵². Dice así:

Filosofía, lírica y poesía española

Bien, señor, y qué le vamos a hacer! Hace cuarenta y tantos años, cuando el entonces joven e impetuoso Don Marcelino Menéndez y Pelayo salía al ruedo, como caballero andante de la españolería a todo trapo y toda costa, sosteniendo

49. Tres de las cartas de Unamuno a F. Figueiredo fueron publicadas por Julio GARCÍA MOREJÓN en su obra *Dos coleccionadores de Angustias: Unamuno y Fidelino Figueiredo*. São Paulo, Facultad de Filosofía, Ciencias e letres de Assis, 1967, 11 pp.

50. Yo mismo edité las cartas que le escribió a Unamuno, ROBLES, Laureano. Cartas a Unamuno por Urbano González Serrano, en: *Alcántara* (Cáceres), 9 (1986) y hablé de esta traducción «Unamuno traductor de Schopenhauer», en: *El Adelanto. Gran Vía* (Salamanca), 17-III-1988, p. 1.

51. UNAMUNO Miguel, Eso de la ligereza francesa, en: *La Nación* (Buenos Aires), 22-III-1916; E – IX, 1384. En la carta a Juan Arzadun (17-VI-1892) le diría que es un infeliz , que no piensa (E A, 37: A Ría Schmidt –Kock (4. III. 1935) se limita a comentarle que la tradujo para su amigo y que éste la dio a la imprenta (6 A, 559).

52. Salamanca, CMU, 5/ 92 (olim: 1.1.1./54) 4h. 25 líneas, 105 x 158 mm.

con argumentos catalógicos la existencia de la ciencia española o por lo menos la de un caudal de libros de ciencia escritos en pasados siglos, no se hizo ya lícito a ningún tradicionalista dudar de la filosofía española. Era, mucho más fácil no dudar de ella que filosofar. Y el mismo Don Marcelino, mi querido maestro y amigo después y de quién tanto aprendí, y entre otras cosas que no había habido semejante filosofía española digna de ambos nombres, se declaró, por declararla algo vivista —de Luis Vives— cuando en realidad si algo fue en el respecto filosófica, fue escocesa por ser la filosofía llamada escocesa, la del sentido íntimo y el *common sense* la más cómoda para los espíritus poco resueltos que como el suyo, rehuyen mirar a la mirada de la Esfinge. La famosa parsimonia del maestro de la crítica literaria en España no era más que suprema timidez de pensar.

No, no creíamos en la filosofía española y algunos no creemos en la lírica española y muy pocos en la poesía, sobre todo moderna.

Dejemos nuestro *Romancero* y nuestro teatro, sobre todo el viejo, y prescindiendo por ahora —no más que por ahora— de nuestros líricos de la llamada edad de oro vengamos a la lírica del pasado siglo XIX. Y qué le vamos a hacer, señor, si no parece cuando hojarascosa y fría, como en Zorrilla, altisonante y retórica como en Quintana? Y acaso es mejor esta segunda, con ser tan poco poética.

Poetas verdaderos, acaso algunos de los más ignorados, de los más olvidados, de los que pasan por de segunda fila o de tercera. De los no preferidos, Bécquer, y de los otros Querol, Ruiz Aguilera, Rosalía de Castro, algunos más.

—Zorrilla? Qué frase acuñada, de esas que no se olvidan, se recuerda de él? Qué movimiento de pasión de verdadera pasión? Qué metáfora nueva y fresca y viva? Qué expresión densa? Casi todo lo que él dijo se dice mucho mejor y más poéticamente y con muchas menos palabras en prosa armónica. No, Zorrilla no ¡Qué le vamos a hacer, señor!

Y luego hay que ver estas cosas desde fuera, desde lo universal, no desde lo internacional o cosmopolita. Y qué poetas universales hemos tenido en el pasado siglo XIX y que sean de fuste? Entre en comparaciones quien conozca algo las literaturas europeas modernas.

Con la inglesa desde luego no. La lírica inglesa moderna, desde fines del siglo XVIII es la más espléndida, creación poética de los siglos y los países todos. Podrá uno cualquiera de los modernos líricos ingleses no parecernos superior a uno de otras naciones, pero en conjunto no hay literatura que pueda ostentar una constelación de poetas como Cowper, Burns, Wodasworth, Coleridge, Southey, Hoore, los tres Thomson, Lord Byron, Shelley, Keats, Browning, Cristina Rosetti, lord Tennyson, Matheus Arnold, etc., etc. hasta Surinburne y Meredith para no hablar de los vivos. Y omitamos los norteamericanos: Longfellow, Whittier, Poe, Walk Whitman, etc. En muchos de ellos hay más poesía, más verdadera poesía que la que se puede exprimir de toda la seca y fría hojarasca de sobados tópicos de todos nuestros versificadores a la morisca.

Con la francesa⁵³ tampoco. A fuerza de arte y habilidad el literato francés, excelente hombre de *métier*, llega a hacerse poeta. Peor los ha habido y muy grandes

53. Y eso que el francés no parece más literato que poeta, hombre de *cuartier*; de oficio, pero que a fuerza de arte y habilidad, t.

en Francia en el pasado siglo. A qué citarlos si aquí los conocen todos y los han imitado, cuando no traducido, muchos?

Tampoco podemos ponernos en cotejo con el pueblo que ha dado a Fóscolo, a Leopardi, a Prini, a Carducci, a Pascoli. Cualquier canción de Leopardi —y no son canciones cantables— llega más hondo que todos los zorrillescos cantos del trovador.

Y la patria de Goethe y Schiller y Uhland y Heine y Hoelderlin en que entran los austriacos como aquel intensísimo Lenau?

No, no, la poesía castellana moderna no puede hombrarse ni con la portuguesa ni con la catalana. Anthero de Quental, Joao de Deus, Antonio Nobre ... no quiero hablar de los aún vivos; y en cuanto a Cataluña me limitaré a dos nombres, y no por que sean los únicos, sino por no hacer sombra a otros que entre los nuestros lucirían muy bien y esos dos nombres son: Verdaguer y Maragall.

Qué le vamos a hacer, señor!

Sí, sí, ya lo sabemos, hay aquello de la fogosa inspiración meridional pero en las tierras calcinadas por el sol no hay verdura ni suele haber más ardor que el del fuera. Hemos oído que en las chozas de los esquimales hace un calor de horno y sabemos que en un patio andaluz corre un fresco muy fresco. Y sabemos también que para dormirse de pie no ay como leer una crónica árabe o aguantar la hórrida y hojarascosa retórica de resobadísimos lugares comunes de esos hijos del desierto.

No, la facundia no es imaginación ni es pasión el gesto. No es más rico el que cambia una onza de oro en perras chicas para que abulte más y meta más ruido en los bolsillos. Como no es más rico un lenguaje más numeroso y de más variedad de palabras. Cuatro palabras de oro valen mucho más que cuarenta de calderilla. Y en cuanto a los versos hay que pensarlos más bien que medirlos. Y pesados a oído, con ritmo, que no medirlos a compás.

Qué le vamos a hacer, señor, si no parece una hórrida vanidad imaginativa y acústica lo del *ruido con que rueda la ronca tempestad*⁵⁴.

No lleva ni lugar, ni fecha de composición. Pienso no obstante, que debe estar escrito entre 1903 y 1904, por la relación que guarda con otro de sus escritos *sobre la filosofía española: diálogo*, dedicado «A Rafael Urbano que cree en la filosofía española» artículo fechado en junio de 1904⁵⁵.

Rafael Urbano García (h. 1870, + 1924), que se carteó con Unamuno⁵⁶, fue director del periódico madrileño *La Opinión*, redactor de *El Cantábrico*, *El Nervión*, *La Gaceta del Norte*, *El Correo del Norte*, y colaborador de no pocos periódicos de su época, estuvo entre el público la noche del 29 de noviembre de 1903 en la que el Ateneo madrileño rindió un homenaje al escritor granadino Ángel Ganivet. En una de las cartas que le escribiera a Unamuno, no fechada, le decía: «La velada en honor de Ganivet resultó bastante pobre. Fue un fracaso. Navarro Ledesma leyó unas cuartillas demasiado literarias y retóricas para ser sinceras. Y sin querer fastidió al pobre muerto, sobre el cual fue colocando casi todos los estigmas de la

54. Pertenecen a la poesía *Las nubes* y, publicada en 1841, y reaparecen en *Las píldoras de Salomón*.

55. En: *La España Moderna*, (Madrid), XVI, nº 186, junio 1904, pp. 28- 42; E-I, 1160-1170.

56. Salamanca, CMU U, 37. El 10- VII -1923 le pidió a Unamuno que escribiese un artículo sobre su amigo el portugués Guerra Junqueiro.

degeneración y la imbecilidad. Esto había de oírlo otra vez. ¡Una lástima! El público que no sabía quién era Ganivet se marchó sin ganas de conocerlo. Martínez Ruiz leyó muy mal unas cuartillas tituladas *Psicología de Pío Cid* que el público creyó se titulaba *Psicología de Pío Baroja* [...] Maeztu dijo una serie de majaderías de Ganivet como político, pronunciando un discurso que parecía a un artículo de *El Diario Universal* o algo parecido. Ortega leyó lo de Vd. que *chocó* y fue bien recibido. Para mis adentros protesté varias veces al *oírle a Vd.*, afirmar que no tenemos filosofía. Si; eso me parece injusto. Y conste que no me acuerdo de Vives ni de Gómez Pereira, muy inferiores a los verdaderos filósofos españoles, y muy poco conocidos de cuantos los alaban. En fin esto se verá alguna vez. Ganivet negaba la existencia de aquella.

Al final de la carta, le añade: «He ingresado definitivamente en la sociedad teosófica, donde me propongo trabajar algo». Rafael Urbano se especializó al final de su vida en todo lo relacionado con el ocultismo.

Por carta de Urbano sabemos, que Unamuno no estuvo en aquella velada a Ganivet. Se limitó a enviar unas cuartillas que fueron leídas por el joven Ortega y Gasset. Presumiblemente es el primer acto público en el que Ortega hace de vocero de Unamuno. Cuando edité la correspondencia cruzada entre ambos⁵⁷, no conocía este dato. Hoy me pregunto: ¿son acaso las palabras leídas por Ortega en el homenaje a Ganivet las que aquí se editan? En todo caso deben formar parte también del texto que publicase Unamuno al día siguiente en *Los lunes del imparcial*, de Madrid, con el título *Angel Ganivet, filósofo*⁵⁸.

Como es sabido, a primeros de febrero de 1905, el librero valenciano José Serred Mestre tuvo el propósito de reunir en un pequeño volumen las palabras pronunciadas por Navarro Ledesma⁵⁹, Azorín y Unamuno en la noche citada; palabras en el homenaje, que, el Ateneo de Madrid hizo al escritor granadino. Para llevarlo a cabo ordenó que uno de sus empleados, el entonces joven de 19 años —Federico García Sanchís— escribiera a Unamuno pidiéndole permiso para reproducir y editar sus palabras⁶⁰. Como así lo hizo, en carta que escribiera el 12 de febrero de 1905. Vivía Federico por aquel entonces en la calle Guillem de Castro, 46. Con los permisos en regla, José Serred Mestre publicó aquel año el librito *Ángel Ganivet*⁶¹ en el que se recogían las palabras pronunciadas por Ledesma, Unamuno y Azorín; algunos de cuyos textos no son muy conocidos. Las cuartillas leídas por Ortega, aunque escritas por Unamuno sobre Ganivet, le llevaron,

57. *Epistolario completo Ortega- Unamuno*. Edición de Laureano Robles. Madrid: Ediciones El Arquero, 1987.

58. 30-XI-1903; E-III, 1090-3.

59. Salamanca, CMU, N. 29. Se guardan tres cartas de FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA a Unamuno.

60. Salamanca, CMU, G.2, 86.

61. Valencia. Librería Serred. 1905, pp. 35-44. José Serred Mestre (Valencia 1875-1933), colaboró en *La voz de Valencia*. Fue locutor de «Unión radio Española»; dio clases de declamación en el Conservatorio de la Ciudad. Fue escritor menor y actor popular, a veces populachero.

sin duda, a componer luego el diálogo que dedicara a Urbano «Sobre la filosofía española» y el texto que hoy se publica.

En él puede verse que Unamuno, discípulo del que fuera su maestro Marcelino Menéndez y Pelayo, no fue un seguidor a ultranza suyo. No puede serlo nadie que aspire a convertirse también en maestro, o que sea con el tiempo un genio. El texto editado me presenta —como tantas veces— a un Marcelino Menéndez y Pelayo, defensor acérrimo de la Filosofía de la Ciencia española, «por lo menos de un caudal de libros de ciencia escritos en pasados siglos». Siempre era «más fácil no dudar de ella que filosofar». Al fin y al cabo, cuando escribiera *La ciencia española* o editara sus *Ensayos de crítica filosófica* no hacía sino seguir al pie de la letra lo que había dicho su maestro santanderino Gumersindo Laverde y Ruiz (1840, + 12-X-1890) en *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas* (Lugo 1868). Como escribió Adolfo Bonilla San Martín, discípulo que fuera de Don Marcelino, en ellos está en germen su obra⁶².

El profesor José R. de Luanco y Riego (n. Castropol (Asturias) 14-XI-1825, + 5-IV-1905), paisano y amigo del padre de don Marcelino, Marcelino Menéndez y Pintado, le llevará a formarse en la Universidad de Barcelona durante los cursos 1871 a 1873. A ella había sido trasladado Luanco en 1868 y de la que será 33 años catedrático de Química General, decano de la Facultad de Ciencias y rector de su Universidad. En ella, don Marcelino tuvo por maestros a dos insignes catalanes: Francisco Javier Llorens y Manuel Milá y Fontanals. Bien es cierto que al primero no lo tuvo por mucho tiempo, porque murió el 23 de abril de 1872, pero él fue quien le enseñó la filosofía escocesa, la del *common sense*, de la que habla Unamuno, poniéndole al final una de sus peores puyas: «la más cómoda para los espíritus poco resueltos que como el suyo, rehuyen mirar a la mirada de la Esfinge». En el fondo, Unamuno viene a decirle a don Marcelino que continúa practicando por mera rutina, aunque no crea en nada, porque no se atreve a mirar la Esfinge.

En el ensayo «Sobre la lectura del *Quijote*», que publicó en abril de 1905 —como se ha dicho—, encuentro este texto en el que Unamuno diferencia entre erudición y filosofía (erudición es lo que tuvo don Marcelino):

La erudición, o lo que aquí, en nuestra patria, suele llamarse erudición, no es de ordinario, en efecto, más que una forma mal disfrazada de pereza espiritual. Florece que es una pena en aquellas ciudades o aquellos centros en que se huye más de las íntimas inquietudes espirituales. La erudición suele encubrir en España la hedionda llaga de la cobardía moral, que nos tiene emponzoñada el alma colectiva. Suele ser en muchos una especie de opio para aplacar y apagar anhelos y ansias; suele ser en otros un medio de esquivar el tener que pensar por cuenta propia, limitándose e exponer lo que otros han pensado.

Cojo aquí un libro, allí otro, más allá aquél, y de varios de ellos voy entresacando sentencias y doctrinas que combino y cosido, o bien me paso un año o dos

62. BONILLA, Adolfo. *Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912)*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1914.

o veinte revolviendo legajos y papelotes en cualquier archivo para dar luego esta o la otra noticia. Lo que se busca es no tener que escarbar y zahondar en el propio corazón, no tener que pensar y menos aún que sentir.

Y así resulta que apenas habrá hoy literatura alguna que dé obras menos personales y más insípidas que las nuestras, y apenas habrá hoy pueblo culto —o que por tal pase— en que se advierta una tan grande incapacidad para la filosofía.

Siempre creí que en España no ha habido verdadera filosofía: más desde que leí los trabajos del señor Menéndez y Pelayo enderezados a probarnos que había habido tal filosofía española, se me disiparon las últimas dudas y quedé completamente convencido de que hasta ahora el pueblo español se ha mostrado retoso a toda comprensión verdaderamente filosófica. Me convenció de ello el ver que se llame filósofos a comentaristas o expositores de filosofías ajenas, a eruditos y estudiosos de filosofía. Y acabé de confirmarme, corroborarme y remacharme en ello cuando vi que se daba el nombre de filósofos a escritores como Balmes, el padre Zeferino González, Sanz del Río y otros más.

Y hoy sigue la esterilidad, si es que no se ha agravado. De un lado esas miserables obrillas de texto, en que se da vueltas y más vueltas al más ramplón y manido escolasticismo, y de otro esos libros en que se nos cuenta por milésima oncena vez lo que alguien llamaría la *corriente central* del pensamiento europeo moderno, los lugares comunes de la *Bibliothèque de Philosophie contemporaine* que edita en París, F. Alcan. No salimos de Taparelli, Libetatore, Prisco, Urráburu y otros por el estilo, sino para entrar en Sergi, Novicow, Ferri, Max Nordau y compañeros.

Cuando he oído sostener a alguien el disparate histórico de que al pensamiento español le perdió en pasados siglos el consagrarse demasiado a la teología, y agregar que nos han faltado físicos, químicos, matemáticos o fisiólogos porque nos han sobrado teólogos, he dicho siempre lo mismo; y es que en España, así como no ha habido filósofos, y precisamente por no haberlos habido, no ha habido tampoco teólogos, sino tan sólo expositores, comentaristas, vulgarizadores y eruditos de teología. Y la prueba de que aquí no han florecido nunca de veras los estudios teológicos, y que nunca se ha llegado con intensidad y alguna persistencia al fondo de los gravísimos problemas metafísicos y éticos que ellos suscitan, es que no ha habido aquí grandes heresiarcas. Donde no florecen las herejías, es que los estudios teológicos son una pura rutina de oficio y un modo de matar el tiempo y ocupar la pereza espiritual con una falsificación de trabajo.

Aquí no hemos tenido ni grandes herejes de la Teología, ni grandes herejes de la Filosofía. Pues así como hay una dogmática ortodoxa católica de la que ningún fiel puede apartarse, so pena de incurrir en pecado y poner en peligro su salvación eterna, imposible fuera del seno de la Iglesia, así también hay una dogmática científica moderna, aunque al parecer más amplia que aquella, de la que ningún hombre culto puede apartarse, so pena de incurrir en extravagancia, prurito de originalidad o monomanía por las paradojas y poner en peligro su crédito entre los sabios —esta insoportable clase de hombres— y hasta su respetabilidad entre las gentes. Para muchos Haeckel, pongo por caso de sabio de la *corriente central* y por sabio para quien está cerrado lo más y lo más precioso del espíritu: Haeckel, digo, es para muchos algo así como un santo padre de la iglesia científica moderna. Sobre todo cuando Haeckel suelta ramplonerías o groserías insípidas, lo cual sucede muy a menudo.

Digo, pues, que esta incapacidad filosófica que nuestro pueblo ha mostrado siempre y cierta incapacidad poética —no es lo mismo poesía que literatura— ha hecho que caiga sobre el *Quijote* muchedumbre de eruditos y perezosos espirituales, que constituye lo que se podría llamar la escuela de la Masora cervantista⁶³.

El artículo «Sobre la erudición y la crítica», publicado en la misma revista, no es más que una continuación del anterior⁶⁴, en el que —una vez más—, don Marcelino es todo un símbolo de la erudición. Pero, aparece ya como «elocuente poeta», capaz de reconstruir con ella (con su erudición) el espíritu de los tiempos pasados.

Quando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y la poesía —hermanas gemelas—, me preparé a hacer oposiciones, y las hice primero a una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego a una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones a las lenguas, opositar a latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones a cátedras de latín, logré al cabo una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: don Juan Valera⁶⁵.

En febrero de 1911 publicó «Sobre la tumba de Costa», en la revista madrileña *Nuestro tiempo*, en el que una vez más leemos:

He oído un juicio de mi maestro Menéndez y Pelayo —el español contemporáneo de quien he aprendido más— sobre la obra de Costa acerca de la literatura y mitología celto-hispanas, que me parece, como suyo, acertadísimo, y es que abunda en hipótesis ingeniosas, pero no aceptables. Yo manejé ese libro de Costa cuando preparaba mi tesis del doctorado, y, la verdad, me entretuvo bastante, me sugirió algo, pero no pude aprovechar nada de él.

Lo que llamamos en este respecto europeo, es, lo repito, un cierto método. Entre nosotros anda un escritor de cosas de filosofía, paisano de Costa, que no deja de tener ingenio y garbo, pero cuyas obras tienen de todo menos de ciencia, y aún algo peor, y es que aprovechan elementos científicos para fantasías más que arbitrarias. Lo europeo en este orden entre nosotros es lo de Menéndez Pidal. Y no por esto deja de ser español.

Costa, además, propendía, como buen español, al poligrafismo. Nunca pudo resignarse a ser un especialista. Y acaso el estado cultural de la Patria no consiente todavía el especialismo. Costa quería abarcar mucho; tenía la castiza ambición inte-

63. E-I, 1228 –9.

64. En: *La España Moderna* (Madrid), XVII, nº 204, diciembre 1905, pp. 5-26; E- I-, 1264 – 1278.

65. E- I, 1271.

lectual y la también castiza impaciencia intelectual. Porque aquí, en esta tierra de místicos, todos aspiramos a la ciencia infusa, intuitiva, con trabajos más que con trabajo.

¿Es que con esto trato de menoscabar el valor de la obra de Costa? Todo lo contrario. Sólo que conviene ponerlo bien en claro en este que se ha llamado el país de los viceversa.

Y vuelvo a mí. Llevo años estudiando filología y enseñándola en cátedra; llevo dos años estudiando filosofía y ciencias de la religión y otras cosas; pero no se me ha ocurrido aún publicar una obra que pretenda ser científica. Todas mis obras, buenas o malas, pretenden ser literarias, de fantasía, de poesía, si queréis. No me gusta engañar, y pesco sin cebo: el que quiera picar que pique. No me ha inquietado, verbigracia, lo que Cervantes quisiera decir en su *Quijote*; me basta con lo que veo en él. Y en cambio, muchos otros han llevado a cabo una obra literaria, tal vez poética, y no ha faltado quien se empeñase en hacerla científica sólo porque contenía datos, versaba sobre problemas sociales o políticos, estaba en prosa y no había en ella florecillas y arroyuelos de similar.

Añadiendo a continuación:

Y como la tropa de aquí hace las reputaciones y las deshace se recluta principalmente entre los fracasados de las letras, de ahí todo eso. Ahí está Menéndez y Pelayo, cuya erudición y portentosa memoria tanto se alababa en un tiempo; pero en parte para escatimarle otras dotes más fundamentales de su espíritu, la amplia y castiza rozagancia de su estilo —tan español también en sus defectos—, el soberano arte de resucitar épocas pasadas, y su soplo poético, en fin. Poético, sí, incluso en sus poesías, robustas y llenas, de las que no se habla lo que se debiera. Y es por esto más que por su erudición —de la que por lo que hace a lo no español habría mucho que hablar— por lo que ha de quedar como modelo clásico.

Es inútil darle vueltas. Nuestro don es ante todo un don literario, y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura. Nuestros filósofos, a partir de Séneca, son lo que en Francia llaman moralistas. Y si alguna metafísica tenemos es la mística, y la mística es metafísica imaginativa y sentimental. ¿Es esto malo? ¿Es bueno? Por ahora no lo decido; sólo digo que es así. Y como hay y debe haber una diferenciación del trabajo espiritual, así como del corporal, tanto en los pueblos como en los individuos, a nosotros nos ha tocado esa tarea. En Suiza no pueden desarrollarse grandes marinos. Alemania, verbigracia, nos da a Kant, y nosotros le damos a Cervantes. Harto hacemos con procurar enterarnos de lo suyo, que su ciencia y su metafísica fecundará nuestra literatura, y metafísica. Y he aquí, el sentido de mi exclamación, algo paradójica —lo reconozco, «que inventen ellos!», exclamación de que tanto finge indignarse algún atropellado y atropellador, cuyo don es el no querer enterarse o hace como que no se entera⁶⁶.

En junio de 1911 terminó Unamuno el Prólogo a la versión castellana (primera edición) de *La Estética* de Benedetto Croce⁶⁷. En él nos dirá no sólo que el pensa-

66. E – III, 943 - 945.

67. E – VIII, 987 - 100.

miento estético español ocupa un puesto en la Historia de Croce, sino que lo ocupa merced a la *Historia de las ideas estéticas en España*, de don Marcelino,

de cuya obra se ha aprovechado B. Croce, citándola con encomio y estimándola en algunas partes y aún fuera de lo que a España exclusivamente se refiere, como por lo que hace a las ideas estéticas de San Agustín y de los primeros escritores cristianos a la historia de la estética francesa en el siglo XIX, la mejor guía. Gracias, en parte, a nuestro don Marcelino figuran honrosamente en esta historia nuestros Arteaga, Azara, Barreda, Feijoo, Gracián, Huarte, León Hebreo, López Pinciano, Luzón, Sánchez El Brocense, el Marqués de Santillana, Juan de Valdés, Lope de Vega y Luis Vives.

España —dice en el capítulo XIX— el país de Europa que resistió más tiempo a las pedanterías de los tratadistas; el país de la libertad crítica desde Vives a Feijoo, o sea del siglo XVI a mediados del XVIII, cuando decaído el antiguo espíritu español, se implantó allí, por obra de Luzán y otros, la poética neoclásica de origen italiano y francés.» Pero en otro paraje, al hablar, en el capítulo XIII, entre los estéticos alemanes menores, nos dice que casi ninguno salió de su país nativo; y en un paréntesis: sólo Krause fue importado a la siempre desventurada España».

Ésta última frase la he citado ya.

Me dolió al leerla, aún cuando no esté mal en la aplicación inmediata a que se refiere. Nos duele siempre la compasión de los extraños, y más de los que, como Croce, parecen, en parte al menos conocernos. Siempre desventurada España... ¿Por qué? ¿Cuál es su desventura? No podemos juzgar de la exactitud y el valor del epíteto hasta no saber toda la extensión del sentido que el autor le da y en qué le funda. No sé si en Italia, y aún por críticos de la perspicacia y de la independencia de criterio artístico de un B. Croce, se nos conoce bastante para juzgar de nuestra ventura o desventura, que es, por otra parte, categoría eudemonística. Aun Carducci, que presumía de conocer nuestra literatura, y en parte la conocía; Carducci, el que habló de las contorsiones de la «afanosa grandiosidad española» (*Dell rinnovamento letterario in Italia*), escribió en sus *Mosche cocchiere* que «en el concilio olímpico donde se asientan Dante y Shakespeare, hasta España, que jamás ejerció hegemonía de pensamiento, tiene a su Cervantes», mientras Italia siguió mandando a más de uno. ¿Qué jamás tuvo hegemonía de pensamiento? La historia de la Compañía que fundó Iñigo de Loyola, y su acción en Trento, tal vez probara que no puede afirmarse eso en absoluto. Esa hegemonía podría ser buena o mala, según de donde se mire.

Y la misma desventura concreta a que B. Croce alude, la de que fuese aquí importante Krause, y no Hegel, o Fichte, o Schelling, o Herbart, ¿a qué se debió sino a traer a Krause, filósofo de segundo orden, raíces religiosas; más aún, raíces místicas? No es lo interesante que fuese acá importado, sino que fuese aquí y en Bélgica, los dos países acaso más hondamente católicos, la patria de Santa Teresa y la de Ruisbroquio, donde echara raíces. Y tal vez la posición espiritual que Croce ocupa frente a la religión, y la que frente a ella ocupamos los genuinos españoles, hasta los que pasamos y nos tenemos por heterodoxos, y algunos aun ateos, estas

respectivas posiciones hacen que el filósofo idealista y racionalista napolitano juzgue desventura lo que nosotros, cuando meditamos a solas en ello, sin la pegadiza sugestión de lo europeo, nos vemos forzados a estimar nuestra ventura, por ser tal vez nuestra razón de vida como pueblo naturalista, irracionalista en un cierto altísimo concepto que no excluye el uso de razón, y tal vez como pueblo afilósofo. El sentido económico, potencializado y hecho trascendente; la preocupación de nuestro último fin personal y concreto; el culto de la inmortalidad sustancial, nos dominan. La pura contemplación desinteresada no es cosa nuestra.

Casi al final Unamuno reproduce —en parte— la carta personal que B. Croce le enviase, carta en la que puede leerse:

Me agrada lo que dice usted en su prólogo, y no sólo en aquello en que está conforme —y lo está con íntima inteligencia de las cuestiones—, sino hasta en la parte en que de mí disiente, en pocos puntos creo que no tendría usted razón para objetarme si leyese los ulteriores desarrollos de mis pensamientos en la *Lógica* y en la *Filosofía de la práctica*. La *Estética* es, relativamente, un libro juvenil. En mi primer libro de Filosofía, porque durante muchos años no me he ocupado sino en Historia, y, entre otras cosas, en las relaciones históricas de Italia con España, sobre lo cual he escrito una veintena de pequeñas Memorias. (En este tiempo estuve en correspondencia con Menéndez Pelayo, con Rodríguez Marín, con Rodríguez Villa, con Cotarelo, con Menéndez Pidal etcétera). En mis posteriores libros ha madurado mi pensamiento. Y hasta, en punto a Estética, en el volumen *Problemas de Estética*, y más propiamente en la conferencia leída en Heidelberg, hallará un progreso en el concepto de *intuición*.

Pero lo que más me duele es que una *boutade* que se me escapó en el impulso de la primera trama de mi libro, y que he olvidado después quitarla, le haya disgustado, pareciéndole de más importancia que la que tiene. Cuando escribí, bromeando (*scherzando*) a propósito del krausismo español, la «siempre desventurada España», pensaba en las corrientes del peor positivismo europeo que entonces la invadían, tanto como en la inoculación del peor sistematismo tudesco que había sufrido unos decenios antes. Y aquella frase apuntaba más bien a la pedantería filosófica y a la hinchazón (*goffaggine*) positivista que a España misma, cuya literatura y arte, cuyo pueblo y cuya historia han ejercido sobre mí siempre una gran fascinación. En la nueva edición que se prepara de la *Estética* quitaré esa frase: pero no es posible quitarla de la traducción española, porque suprimiría lagunas páginas de su bella introducción. Prefiero, pues, que quede a los ojos de todos mi pecado, para que no falten esas páginas de *castigo*. (Esta palabra en castellano). Le rogaría, sin embargo, que añadiese una nota advirtiendo, por cuenta del autor, que se trata de una frase en broma (*scherzosa*), dicha por incidente y sin darla demasiado valor, y que Croce, antes de llegar a hacerse escritor de filosofía y de Estética, era conocido ya como *hispanófilo*, y había publicado muchos estudios de erudición española. Tal es la verdad⁶⁸.

68. E – VIII, 999,1000.

Sobre este aspecto concreto, del influjo de la estética en don Marcelino, y su relaciones con Unamuno, se publicó en este misma Revista un valioso artículo de Demetrio Basdekis⁶⁹, al que remitimos para mayor precisión.

Como es sabido, don Marcelino falleció el 19 de mayo de 1912. Los homenajes y publicaciones sobre él y su obra se prodigaron por doquier. El propio Unamuno le dirá a Azorín, en la carta que le escribiera el 21 de mayo del mismo año:

Acaso hace usted bien en no escribir sobre Menéndez y Pelayo. Pero yo no; yo no quiero callarme muchas cosas. Y haré lo que con Costa hice: decir la verdad. Diré cómo en lo extranjero su erudición era de segunda mano —en la *Historia de las Ideas Estéticas*, saqueó, traduciéndolos a Sainte-Beuve, Benvé, Morley, Brandes, etc.—, cómo su talento era hacer el discurso resumen y crítica de críticas —me confesó no haber podido leer el *Obermann*, al que dedica dos o tres páginas—, cómo bajo la pompa oratoria de su estilo es frío, cómo la religión era para él un género literario, cómo a las veces se entretenía en borrar con el jopo las huellas de sus pasos, etc. Y luego todo lo mucho bueno que le debemos. La verdad pura⁷⁰.

El 24 le insistirá de nuevo: «Supongo que escribirá algo sobre don Marcelino cuando pase el aluvión de las obligadas cabezadas de duelo. Yo pienso hacerlo como hice con Costa, pero para decir, como entonces, la verdad»⁷¹. Advierto, no obstante, que la verdad de uno, no tiene por qué coincidir con la verdad de los otros. Al fin de al cabo ¿qué es la verdad). No es lo mismo, lo que otros creen de ti, que lo que tú crees que eres; y menos aún, lo que tú mismo deseas ser. Todos, al fin de al cabo, terminamos dando vueltas en la rueda del tiempo.

Hay un antes y un después de la muerte de don Marcelino. Me refiero a lo que Unamuno escribe sobre su maestro. *Antes* Unamuno es a las veces cruel y satírico con su persona, aunque sin decir su nombre. *Luego*, fue más comedido, sin dejar de admirarle ni de agradecerle lo mucho que le debe; aunque siempre, eso sí, crítico con su forma de pensar y actuar. Al fin los dos estaban en ideologías distintas.

En «Como se debe formar una biblioteca» puede verse cuanto estoy diciendo. El artículo es toda una sátira contra don Marcelino, sin pronunciar su nombre. Más tarde, una vez fallecido, Unamuno se vio obligado a añadirle un *post scriptum*, en el que dice así: «P-S-El hombre de talento de primer orden, pero algo estropeado por el bibliofilismo, a quien me refiero al principio de este brevísimo ensayo, era don Marcelino Menéndez y Pelayo, mi maestro y presidente del tribunal que me dio mi cátedra; y la frase citada que no dice como la cité, sino así: «pero basta de necedades, que no dejan de serlo por estar en un libro rarísimo» se refiere a *Los diez libros de Fortuna d'Amor, compuestos por Antonio de Lofrasso, etc.* Y se halla

69. BASDEKIS, Demetrio. Menéndez y Pelayo y Unamuno: Notas sobre Estética, en: *Boletín de la biblioteca de Menéndez Pelayo* (Santander), 42, (1966), 3-9.

70. ROBLES, Laureano. *Azorín – Unamuno. Cartas y Escritos complementarios*. Valencia: Generalitat, 1990, p. 113.

71. *O.C.*, p. 119.

en la página CDXCV —o sea 495, porque eso de paginar por números romanos es más endiablado que Lofrasso— del tomo I de los *Orígenes de la novela*.

La incorrección de mi cita es una nueva prueba de qué mal me dotó Dios para erudito, y este P.S. proviene de que este escrito lo escribí hace más de dos años, cuando aún España no había tenido la desgracia de perder a don Marcelino, y lo he tenido guardado ese tiempo, según costumbre añeja en mí, para que en la bodega ganase, como los vinos⁷².

Como puede verse, por lo que el propio Unamuno dice en él —aunque publicado en 1912—, el artículo estaría redactado en las postrimerías de 1909. Don Marcelino seguía siendo para Unamuno un estrabiliarrio. No lo sería, en cambio, después de su muerte.

En el primero de los artículos que forman las «Cuestiones del momento. I: Patriótica cooperación de obra», encontramos ya este texto:

Suelen ser precisamente los que se hacen llamar tradicionalistas los que menos desentrañan el valor de la tradición. Conténtanse con rendirle un cierto culto, no poco neurótico y hasta afectado, que les desquita de desentrañarla. Acaba de morir Menéndez y Pelayo, lo cual, sin duda, ha despertado a no pocas curiosidades y llamado la atención sobre puntos oscuros de la historia de nuestra literatura; pero hay que decir, en obsequio a la verdad, que su labor ha servido, en gran parte, para corroborar perezas. Hay muchos para los cuales los trabajos de historia literaria de Menéndez y Pelayo han sido y siguen siendo una especie de remedia —vagos que les ahorra el acudir a las fuentes. Han dado a otros unas supuestas soluciones definitivas, y en no pocos casos, cuando ni siquiera se habría planteado el verdadero problema, el problema cultural que una manifestación literaria cualquiera suscita. Y con entonar ahora himnos hiperbólicos a su memoria y pretender convertir en normas sus soluciones parciales, creen haber cumplido. Cuando en rigor, la cultura española sigue tan por hacer como hace cuarenta años⁷³.

Sí, para Unamuno las obras de don Marcelino terminan siendo una especie de «remedia vagos», que ahorran a los pseudo-intelectuales que vienen luego, el tener que acudir a las fuentes, el hacer el trabajo de búsqueda que él hizo⁷⁴. Hasta él (hasta que vino don Marcelino), muchos españoles e hispanoamericanos no tuvieron noticia alguna de lo que existía fuera, de lo que escribían, investigaban o hacían en otras partes. Don Marcelino lo dio a conocer a los españoles, aunque fuese a través de las traducciones que otros le hacían, como Unamuno, por ejemplo.

72. En: *Los Lunes de «El Imparcial»* (Madrid), 19 - VIII -1912; E - VII, 507.

73. E - VII, 508 - 510.

74. La expresión *remedia - vagos* fue utilizada también por Unamuno en la presentación que hizo de la obra de G. A. Hunter, *Sumario de Derecho Romano*, Madrid: La España Moderna (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia, 214), (1894), pp. 5-7.

En «Eso de la ligereza francesa», artículo que publicara en *La Nación* de Buenos Aires (22-III-1916), en el que viene a decirnos que casi toda la literatura europea nos vino a España en el pasado siglo traducida del francés:

Es cosa que causa pena el tener que decirla, pero la verdad es que muchas personas cultas no han tenido noticia algo extensa de ciertos máximos ingenios europeos hasta la publicación de la *Historia de las Ideas Estéticas* de don Marcelino Menéndez y Pelayo. El cual Menéndez y Pelayo, mi venerado maestro, hizo indudablemente un bien, pero hizo a la vez, y dada nuestra pereza mental, un mal, cual es el de que no pocos españoles instruidos se han creído que con lo que leyeron en las obras del gran crítico y erudito, les basta para hablar de cierto ingenios. ¡Y cómo lo que les interesa es hablar de ellos, y no conocerlos...! Las obras de don Marcelino han constituido, pues, una especie de remedia-vagos y hay quienes toman los juicios de ellas por definitivos. Y don Marcelino conocía a no pocos autores de los que habla muy por encima y de segunda mano, y a algunos, como los alemanes, por traducciones pues, así como leía correctamente el inglés —y nada digo del francés, y el italiano—, le costaba muchísimo trabajo leer alemán, y por ganar tiempo, echaba mano de traducciones. Como que traduje yo del alemán los *Estudios sobre la literatura española y portuguesa* de Fernando Wolf, más que para otra cosa para que pudiese leerlas don Marcelino, que fue quien corrigió las pruebas de mi traducción. ¡Tanta prisa le corría leerla!⁷⁵.

Ideas que volverá a repetir en el artículo «De los recuerdos de la vida de Ramón y Cajal», publicado en el *Nuevo Mundo*, de Madrid (20-IV-1917). Artículo en el que nos dirá que, las más de las veces, las obras de don Marcelino más que servirnos de acicate, sirven de apoyo a la haraganería mental: «Aún hay más, y es que hemos podido observar que para no pocos de esos profesores de literatura y de preceptiva literaria, y no ya de los viejos, las preciadísimas obras de Menéndez y Pelayo, que deberían servirles de acicate para asomarse por sí mismos al ocular crítico por donde se ve nuestra literatura, no les han servido sino como de remediavagos, de apoyo a su haraganería mental. Con repetir los juicios de don Marcelino creen haber salido del paso. ¡Y quiera Dios que las obras científicas de nuestro Cajal, de ese fortísimo de maestro energía y de entusiasmo, no sirvan a otros histólogos españoles para echarse a dormir y contentarse con ver en los dibujos de esas obras, trabajo personal no pocas veces del autor mismo, lo que deberían buscar y ver con el microscopio! ¡Cuántas veces el que combate la rutina de ayer no está fraguando, sin pensarlo ni quererlo, la rutina del mañana! Y por esto la historia de los descubrimientos de Cajal nos interesa más que lo descubierto mismo⁷⁶».

A él, a don Marcelino, le debemos los españoles cuanto hizo. «En memoria de don Juan Valera», artículo que publicó en *El liberal*, de Madrid (3-III-1921), puede leerse:

75. E – IX, 1382 – 88.

76. E – III, 1186 -9.

Le conocimos y tratamos personalmente desde que nos otorgó con otros, presididos por el gran don Marcelino, la cátedra en que venimos treinta años sirviendo a la enseñanza pública oficial, y no debemos ocultar este motivo de personal gratitud. Pero no es menos personal la que como españoles le debemos —y se la deben los demás— por lo que enalteció el nombre de la patria y enriqueció el tesoro de su tradición literaria y el caudal de su sabiduría popular.

Confesando al final del citado artículo:

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, el más perspicaz catador del espíritu hispánico, de la españolidad espiritual, sintió siempre veneración por don Juan. Y no era que le cegase el afecto personal, no, ni la gratitud a lo mucho que de él había aprendido, sino era que sintió en Valera uno de los maestros seculares de la íntima filosofía popular española, de la castiza sabiduría práctica, discreta, tolerante, comedida, del pueblo de Séneca, de Vives, de Cervantes...⁷⁷.

Muchos son los aspectos que habría que señalar después de lo dicho. Me parece acertado lo que Unamuno dice: la cultura española del siglo XIX es ante todo, una cultura que vino a España a través de Francia. Supimos (?) lo que dijeron los alemanes e ingleses utilizando las traducciones francesas. Un pueblo, que a principios del siglo XIX no llegaba a los diecinueve millones de habitantes, de los cuales once eran analfabetos totales⁷⁸, tuvo que tener necesariamente muchos problemas.

Tras lo dicho, cabría aún recoger los juicios indirectos que sobre don Marcelino no dejó Unamuno en su correspondencia; no siempre conocidas sus cartas ni las de sus corresponsales. Así, por ejemplo, en la carta que le escribiera (29-VI-1906) al joven peruano José de la Riva-Agüero⁷⁹, se lee:

No me extraña que *La Vida de Don Quijote y Sancho* haga su camino poco a poco. Requiere, para ser debidamente saboreada, atención, reposo y el arte de saber leer entre líneas. Tiene que abrirse paso lentamente; y más vale que sea así, para que se aprecien en su recto sentido y para que produzca una impresión muy duradera, porque de los libros de esa clase está muy necesitada, no sólo España, sino toda nuestra raza.

Unamuno había publicado el año anterior dicho texto:

más que otra cosa, quiere ser un ensayo de filosofía española, aunque el registro general de la propiedad literaria me la haya registrado como obra *científica*, disparate mayúsculo que no sé de qué mollera haya salido. ¡Científica! Dios me libre de ello. A la ciencia con letra minúscula le tengo mucho respeto y mucho

77. E – VIII, 456-8.

78. Cf. «La población de España», en: *El Magisterio Salmantino*, IX, nº 21, 27- VIII- 903, p. 3.

79. Salamanca, CMU., R. 2.96. Tengo escrito un largo artículo con la transcripción de sus cartas, que se publicará en breve.

miedo, y la Ciencia con letra mayúscula me parece el timo más grande que se haya podido inventar⁸⁰,

escribía en la reseña que le hiciera a de la Riva-Agüero.

«Conservar el legado de la tradición española», va a ser otra de las conclusiones a las que va a llegar el autor de la tesis; preguntándose de inmediato, por ¿cuáles deben ser los vínculos que ligan a España con la América que fue suya?⁸¹.

Dos temas serán los que aborde Unamuno en relación con ellos: el religioso-político, y el de la filosofía española. El primero será objeto de un apartado especial. Del segundo, me ocupo ahora.

Riva- Agüero se preguntó también con don Marcelino Menéndez y Pelayo si existía una filosofía española; cuya respuesta, siguiendo sus pasos, era obvia. Unamuno, por el contrario, —que había sido discípulo directo del santanderino— dirá que fue él (don Marcelino) quien, a fuer de afirmar que existía una filosofía española, terminó convenciéndole de que «en efecto, no ha existido semejante filosofía, aunque haya habido españoles eruditos, comentaristas y expositores de filosofía, y alguno que otro casi filósofo»⁸².

Unamuno se va a apoyar, al hacer tal afirmación, en un texto del mejicano Justo Sierra, citado en su *Historia de Méjico*, a propósito de la educación que los españoles dieron a sus nativos, raza inhábil para la filosofía, tanto como la española. Sus palabras fueron éstas: «De las Universidades españolas salieron maravillosos dialécticos: ¿salió un sólo filósofo, un hombre capaz de encerrar en un solo pensamiento lo existente, de explicarlo por otro pensamiento y de mostrar entre inflexible lazo dialéctico de unión?»⁸³. La filosofía no puede ser, añade Unamuno,

algo distinto de un enlazar dialécticamente pensamientos que expliquen todo lo existente. Acaso sea, —continúa diciendo—, algo que está más cerca de la poética que de la lógica; acaso no se ciña a la explicación meramente lógica del Universo. Tal vez en nuestros místicos haya una visión unitaria de la vida del Universo, y una visión que, como no arrancaba de la ciencia de entonces, ni siquiera de la teología, no está ligada a una forma de ciencia como lo están los sistemas filosóficos, al modo de la de Hegel o la de Spencer, que son concinación y síntesis de los últimos resultados de las ciencias. A medida que las ciencias se desarrollan y transforman, deshácense las síntesis filosóficas que sobre ellas se elaboraron, y siguen en pie las visiones filosóficas, más o menos platónicas, que tomaron arranque de otro suelo que el de las ciencias⁸⁴.

80. E- III. 921.

81. E- III, 920.

82. *Ibidem*.

83. *Ibidem*.

84. *Ibidem*.

Al reseñar la tesis de Riva-Agüero, Unamuno volverá a repetir lo dicho, pero añadiendo ahora, que la *Vida de don Quijote y Sancho* quería ser un ensayo de filosofía española. Unamuno remachará su idea, al final del texto, cuando el joven peruano saca a escena a don Quijote para decirnos que Dulcinea del Toboso no era en realidad otra que la zafia campesina Aldonza Lorenzo. «No era la Gloria, era el Ideal. Y ¡ dichosos de los que acierten a convertir en ideales a las zafias labradoras!. El culto a Don Quijote puede ser y es fuente de poesía, es poesía el culto mismo; el culto al *Quijote*, al libro, no es más que literatura. Y en esto estriba todo: en fomentar el culto a las almas, no a las letras»⁸⁵.

Una vez más, Unamuno terminará formulando sus tesis en oposición al que fuera su maestro, don Marcelino. Él fue quien nos convenció, a base de afirmarla, que en España no había filosofía; aunque haya habido algún que otro filósofo.

Para terminar lo dicho, pienso que los unamunistas deberían tener más en cuenta el texto del propio Unamuno, en el que nos cuenta cómo está compuesta su obra *La vida de Don Quijote y Sancho*; texto que transcribo para utilidad de todos: Sí; mi obra no es sino un pretexto para ir entretejiendo mis propias ocurrencias y divagaciones, y podría haberlas enfilado todas con otro hilo cualquiera: el de *La vida es sueño*, de Calderón, pongo por caso. No la escribí con ocasión del Centenario del ridículo Centenario; y si coincidió su publicación con la celebración de éste, fue algo a mi pesar y en virtud de flaqueza mía, de que me arrepiento. Como decía mi amigo el señor Altamira en las once líneas que dedicó a mi obra en su artículo «Los libros de Centenario», inserto en la revista *España* (23 de junio), de Buenos Aires:

No se trata en ella de decirnos lo que es el *Quijote*, sino lo que le parece que es o debe ser al señor Unamuno; es decir se trata de espíritu de Unamuno declarado con ocasión del *Quijote*. Esto segundo es perfectamente exacto; lo primero no lo es tanto, porque no se trata allí de lo que me parece que es o debe ser el *Quijote*, el libro, sino de las enseñanzas que saco de la contemplación de la vida de Don Quijote, el hombre, considerado aparte del libro en que se nos cuenta esa vida, y hasta suponiendo que el narrador de ella no hay sido siempre fiel a la verdad ideal al contárnosla. Repito que es Don Quijote mismo, el hombre, el que me atrae, y no el *Quijote*, no el libro.

Todo ello, como se ve, está a la mayor distancia posible de los trabajos de erudición, para los que me siento con poca aptitud y con menor deseo. Teniendo como tengo seres vivos en torno mío, me interesan poco los fósiles y me noto con poquísimas aficiones a la paleontología⁸⁶.

Recuérdese las tonterías que escribió (5-X-1912), a este propósito la hispanista Alicia H. Bushee⁸⁷.

85. E – III, 924.

86. E – I, 1270.

87. EI, I, Carta 182.

3. DON MARCELINO Y «LA ESFINGE»

A lo largo del artículo ha podido verse cómo Unamuno fue modificando sus juicios sobre don Marcelino. Pero, ¿cuál fue su pensamiento final?, cabe preguntarse.

En una carta a Eduardo Marquina (26-X-1905), se lee: «Estoy terminando, con destino a mi *La España moderna* —es la revista que quiero y a la que llevo lo más mío— un ensayo sobre los eruditos, esas gentes que por no sufrir la mirada de la Esfinge se vuelven a contarle las cerdas del rabo. En él cito a usted y sus *Elegías*. Usted verá con qué pretexto»⁸. Se trata, como ya se dijo, «Sobre la erudición y la crítica», artículo al que volveremos de inmediato.

En la carta que vuelve a escribirle a finales e aquel año, le dirá:

Me rebosa el asco. Sólo la ordinariez y la ramplonería prosperan. Hay cosas y juicios que me callo no por cobardía sino porque no me fueran atribuidos a malas pasiones, pero hasta este freno voy a romper. Y digan lo que quieran y júzguenlo como lo juzguen, voy a hacer danzar a Valera, a Galdós, a Blasco Ibáñez, a Menéndez Pelayo, a Navarro Ledesma... etc. Observe que hasta los jóvenes que parecen empiezan con más brío van a hocicar en el casticismo y el preciosismo y no sé cuantas suciedades más. Les enamora lo pequeño. Oscilan entre la Biblioteca Rivadeneira y la Biblioteca Alcan. O dan en pequeños filósofos, o en filósofos de la pequeñez⁹.

Todo ello porque, para Unamuno, la erudición no es sino muchas veces la manera de huir de la mirada de La Esfinge, símbolo de la integridad espiritual. En el artículo arriba citado, podemos leer:

Sí: la erudición suele ser con frecuencia una manera de huir de encarar la mirada de la Esfinge, poniéndose a contarle las cerdas del rabo. Se sume un hombre en la rebusca de curiosas noticias de pasado y luengos tiempos, por no encontrarse cara a cara con la conciencia que le pregunta por su propio destino y por su origen. Se da que un sujeto que, huyendo de la inquietud religiosa y temeroso de errar sin tino si se salía de la impuesta fe ortodoxa de sus padres, se dedicó a eruditísimas investigaciones sobre la liturgia. Y esto sí que es contarle las cerdas del rabo a la Esfinge¹⁰;

escribiendo, casi al final:

Al concluir de leer este ensayo no faltará contador de las cerdas del rabo de la Esfinge —es alusión personal— que diga con un desdeñoso mohín descendente: ¡bah!, cosas de artículo de revista. Porque es de saber que para alguno de esos infladores de la ridícula leyenda del profesor alemán susomentada, esto de los artículos de revista, y mayormente de un revista que ni es académica ni tiene Consejo de redacción formado por doctores en Facultades, ni menos es revista de especialidad alguna.,

88. EI, I, C.195.

89. EI, I, C.203.

90. E – I,1273, publicado en *La España Moderna* (Madrid), XVII, nº 204, diciembre 1905, pp. 5-26.

los artículos de las tales revistas son para el aludido algo perteneciente a un género inferior; algo a que no debe descender un profesor que se estime. En estos artículos dice uno lo que le da la gana.

Y aquí está el mal, en decir uno lo que le da la gana, en no apoyarlo en documentos, citas, noticias o testimonios de fuera. Esto no es más que capricho, esto no es sino aquello de

allá van versos donde va mi gusto

Esto no es más que pura arbitrariedad. Cuando se hace una de esas labores que un amigo mío llama objetivas —¡insignes pedanterías!—; cuando se lleva a cabo un trabajo bine documentado, en que cada una de las aseveraciones va garanti(za)da y corroborada por bien establecidas pruebas objetivas —volvamos a lo objetivo—, entonces esa labor, ese trabajo, merecen la consideración de los eruditos y críticos sesudos. Pero cuando uno va dejando caer al buen tuntún y según se le ocurren, a la buena de Dios, las ocurrencias que le brotan, como la maleza en el campo, en la mollera, entonces no merece se le tome en serio. Porque ¡vamos a ver!, ¿qué valor tienen esas ocurrencias? Pues ni más ni menos que el valor que tenga el que las engendró. ¿Y vamos a reconocer valor a un hombre? ¡No y mil veces no! Los hombres no valemos nada; lo único que vele son los libros y, a lo sumo, las ideas. Los hombres no nos interesan; lo único que nos interesa es lo que dicen. Don Quijote, aquel singular hombre, aquel hombre acabado y entero, aquel hombre de fe y esperanza, no nos interesa; lo interesante es el *Quijote*, el libro que para relatar la vida de aquel hombre escribió Cervantes, y son interesantes los giros de lenguaje con que éste la relató. Un hombre dice lo que le da la gana, y esto que dijo sólo tiene valor cuando lo repite o lo analiza otro, porque este otro ni lo repite ni lo analiza como le da la gana, sino que lo hace objetivamente —y dale al objetivo!—, sujetándose a lo que el otro dijo. Y si lo comenta como le da la gana, entonces *¡vade retro!*, porque no hizo sino una sustitución personal, poniéndose él en el lugar del que primero dijo lo que le dio la gana. Al comentar yo, como lo he hecho, la vida de Don Quijote y Sancho, habrá quien diga: «Esto es querer decir a Cervantes: Bueno, tú ya has dicho lo que querías decir, ahora me toca a mí.

Y así es. Y luego le toca a otro, y a otro, y a todos, y cada cual tiene derecho como Cervantes o como yo decir lo que le da la gana; y si se arma una algarabía, en que nadie se entiende y volvemos al bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval, tanto mejor. Pues esa es la manera de empezar a entendernos de veras...

Y aquí concluyo. Concluyo con una con una conclusión poco consoladora, y es que en el fondo de esa actitud de los eruditos y críticos a que me he referido, no hay sino una cosa, y es un profundo embotellamiento del sentido de la dignidad personal. No estiman al hombre por el hombre mismo, por lo que es en sí. Y así, no aciertan a ver tras de los libros los hombres, sino que sólo ven tras de los hombres los libros. Tienen amasadas las almas con tipos de imprenta o con caracteres paleográficos⁹¹.

91. E - I, 1277 - 8.

El 5 de diciembre de 1906 le preguntaba a Unamuno el joven peruano, José de la Riva-Agüero, si «el escritor a quien Vd. alude en el capítulo de su estudio, es sin duda Marcelino Menéndez y Pelayo». A dicha carta le va a contestar el entonces rector de la Universidad de Salamanca con otra (5-II-1907), en la que leemos:

De Menéndez y Pelayo nada quiero decirle ¿a qué? Pero créame que es un hombre que no cree ni en Dios ni en el diablo, un perfecto volteriano y que su españolismo agresivo y *a outrance* nos ha hecho mucho daño. Yo creo que su labor en conjunto funesta. Le falta calor y entusiasmo, todo lo ve literalmente y las ideas no son para él sino curiosidades más o menos estéticas. La juventud, en general, no le quiere ni él se hace querer. Cierto es que tratado resulta irresistible por no tolerar la más mínima contradicción. Y basta de esto⁹².

Como puede verse las palabras de Unamuno son muy duras. No sé, sin embargo, si acertadas. Hasta qué punto tiene un hombre derecho a meterse con la conciencia de otro, es tema aparte. En todo caso: eso es lo que en aquel momento pensó de don Marcelino el que había sido su discípulo, Miguel de Unamuno. Aunque con los años suavizó la terminología, el fondo continuará siendo el mismo.

Con motivo de la edición del séptimo y último de los volúmenes de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1932), Unamuno publicaría en *El Sol* madrileño un valioso artículo; «Don Marcelino y La Esfinge»⁹³; artículo que le va a servir de pretexto para sintetizar lo que pensó de él y de la España de la revolución liberal del siglo XIX.

¡SIEMPRE amarrado a lo mismo!. Seguía rumiando el pasto amargo de mis inquisiciones sobre la íntima tragedia española engendradora de malcontentos, agraviados, resentidos, resquemorados, puntillosos, recelosos, desesperanzados y desesperados, cuando ha venido a dar a mis manos *la nueva edición* de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de mi venerado maestro Menéndez y Pelayo, y cuyo *séptimo y último volumen* acaba de *aparecer*. ¡Y qué de actualidad! Porque parece de hoy la quijotesca batalla que don Marcelino libró hace más de medio siglo contra los campeones de la revolución liberal de España. ¡Qué obra de periodista! De periodista, sí!

Don Marcelino fue para Unamuno, siempre, su «verdadero maestro», al que admiró y siguió en muchas cosas; recordándole siempre, incluso en sus muletillas escolares: «los sabios tienen las ideas sujetas a tornillos» como solía decir en clase⁹⁴.

Fue don Marcelino para Unamuno todo un *periodista*, como lo demuestra lo que dijo escribiendo de Feijoo, de Moratín...

¡Hojas volantes! ¡Hojas volantes las Epístolas de San Pablo, a quien un prelado de la Iglesia católica llamó *periodista*! ¡Y hojas volantes las páginas del libro,

92. Lima (Perú), Universidad San Marcos, Instituto Riva-Agüero.

93. E – III, 1231 – 32. Se publicó en *El Sol* (Madrid), 10-V-1932.

94. Le recuerda Pedro MÚJICA a Unamuno el 9-I-1932.

profundamente periodístico, de don Marcelino! ¡ Hojas volantes! Y días, y años, siglos volantes y volanderos. ¡Y lo que nos remeje el ánimo la relectura de la obra quiijotesca antiliberal en este siglo al día tan macizo y apretado que se nos está volando!. «Cuando mozo y periodista de a folio», le llamará en otro lugar⁹⁵.

Pero don Marcelino no fue para Unamuno un verdadero *filósofo*:

Él, el *periodista* que compaginaba en robustos volúmenes hojas volantes, pensador —o investigador más bien— sincrético y errabundo más que filósofo. *Benedetto Croce ha visto muy bien lo que le faltó filosofía*. Y yo, que fui su discípulo directo —y hasta oficial—, que *le quería y admiraba*, tengo motivos para creer que la honda filosofía, la contemplación del misterio del destino *humano, le amedrentó*, y que *buscó en la erudita investigación una especie de opio*, un anestésico, un nepente, que le distrajera. No se atrevió a mirarle ojos a ojos humanos a la Esfinge, y se puso a examinarle las garras leoninas y las alas aguileñas, hasta *contarle las cerdas de la cola* bovina con que se sacude las moscas de Belcebú. *Le aterraba el misterio*. Y por esto él, que tan hondamente sintió a Lope de Vega, no llegó a penetrar en todo el trágico sentido de Calderón, el de «la vida es sueño». Y es que temía que este sueño le quitase el sueño.

En el fondo, don Marcelino no se atrevía a mirar de frente a la Esfinge. Prefirió volver su mirada al rabo y contarle las cerdas que tenía en él. Don Marcelino, «el que me dio mi cátedra, conocí, admiré y quise», «la mística no era, en rigor, más que un género literario», escribió en 1934⁹⁶. Todo ello porque no logró penetrar en el fondo de la revolución liberal del siglo XIX español.

No logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas, no logró percatarse de todo lo que había, en que casi ningún español medianamente culto creyese que fuera de la Iglesia no hay salvación, que el que se muere sin aceptar sus dogmas —ni aunque sean el de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma— se condene por ello a las penas eternas, ni pudiese creer en estas penas, y con ello ni en eternos goces. *Don Marcelino no llegó a tocar* el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fue, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido. Don Marcelino no vio que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contra-Reforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vio las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima. ¿Es que no vio toda la tragedia, por ejemplo, de aquel pobre don Benito Bails, matemático del siglo XVIII, a quien se le dio su casa por cárcel por haberse confesado «reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?».

95. E – VIII, 1210; publicado en *El Sol* (Madrid), 31-V-1934: «Renovación. Respuesta a un pésame».

96. E – VIII, 1208: *idem*.

Empiezan ya a resucitarse juicios de don Marcelino en su periodística *Historia de los Heterodoxos españoles*, y se parece querer proseguir en su incomprensión — ¡y cuán comprensivo era en todo lo demás, y sobre todo en estética! — del último fondo de la revolución religiosa— que no fue otra cosa —de la España de los Borbones. No vio que la llamada Contra-Reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica y aun la ginebrina, contra que luchaba; no vio que la cruz de una cara es, a la vez, la cara de una cruz. Y aún siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos de la Esfinge. Y siguen hasta contándole las últimas cerdas que le han salido en la bovina cola con que sacude las moscas de Belcebú; siguen escudriñando los servicios que a la llamada «ciencia española» rinden estos o aquellos eruditos y diligentes padres espirituales y teocráticos; siguen sin querer comprender que la cruz no puede ser cetro de rey, y menos de rey de este mundo, sino símbolo de consolación dolorosa y acaso de esperanza desesperada; siguen sin querer darse cuenta de que la Policía —tal es la moral— es una cosa del César, y que de Dios es la religión, el sueño del divino sueño con que nos sueña.

Volveremos, pues, a nuestro —¡y tan nuestro!— don Marcelino y a sus voceros de hoy; ya que sus días de periodismo antiperiodístico han vuelto. Y aquí estamos con estas hojas volantes, que son estos nuestro comentarios... periódicos».

¡Qué grandes los dos: maestro y discípulo! El uno no es sin el otro.

4. QUÉ ES ESPAÑA

Debo confesar que, a mi vuelta a España después de haber pasado cuatro inviernos en el Canadá (1958-1961), sufrí un gran cambio intelectual mayor que el que hubo en mí al llegar a él. Por no saber, no sabía adonde había vuelto, eran ya muchos en aquel entonces, los que no sentían la conciencia de España, ni tenían el culto a su bandera. A decir verdad no me importaba mucho, pero me preocupaba que, después de tantos siglos, continuasen preguntándose por lo que fuera ella. Ortega y Unamuno se habían preguntado, antes que yo, por lo mismo. La lectura de este último me llevó, sin buscarlo, a las claves de algunas de mis convicciones, en las que don Marcelino apareció de inmediato.

En un artículo, publicado por Unamuno en *La Libertad*, de Madrid, el 27 de abril de 1924, puede leerse:

Pasaron los siglos y se estableció en España la Inquisición, y se expulsó a los judíos, primero, y a los moriscos después. ¿Por motivos religiosos? No, sino para mantener una farisaica unidad de raza, de proteger la homogeneidad, que es origen de empobrecimiento espiritual y moral y hasta económico y de muerte. Y luego se hizo España el adalid de la Contra-Reforma; el hereje fue considerado un enemigo, no de la religión, sino de la patria cesárea, y fue el Poder temporal, el poder cesáreo, el brazo secular, el que atormentó a los herejes.

Es inútil que Menéndez y Pelayo, creyendo destruir lo que él creía una leyenda, haya creado otra. La leyenda negra de la Inquisición es menos negra que la realidad histórica»⁹⁷.

97. E – VIII, 576. Lleva por título «Jueves Santo», y lo publicó el *La Libertad* (Madrid), 27-IV-19245.

Escribía esto en la isla de Fuerteventura, trasterrado por Primo de Rivera, confinado «en la venturosa Isla.

No hay peor cosa que el fanatismo, sea éste deportivo, religioso o político. Con los dogmas no hay progreso. El dogmatismo evolucionó en nosotros en fanatismo, y éste a su vez tronchó la unidad nacional.

En otro de sus artículos, publicado diez años después en el periódico madrileño *Abora* el 31 de mayo 1934 bajo en Salamanca el día 15), se lee:

Ni se me venga usted otra vez con su Menéndez y Pelayo, el suyo, que al mío, al que me dio mi cátedra, conocí, admiré y quise. Pero... Pero ¡qué daño ha hecho la grandilocuente superficialidad del Menéndez y Pelayo mozo, el de los alegatos cata-lógicos —de catálogo— de la *Ciencia Española*, del sectario de los *Heterodoxos Españoles*, el forjador de la leyenda blanca! Y el que ofreciendo a nuestros estudiosos un cómodo remedio —vagos les ha prometido no investigar por si mismo⁹⁸.

Cómo es lógico, Unamuno se preguntó en el artículo citado por ¿qué es creer?, por si

hay algo más allá de la creencia y de la descreencia, contestándose así: «o renoverse o morir», me dice usted, señor mío. ¿Renoverme? Al modo de ustedes, ¡no! Antes seguir —para ustedes— muriendo. Y luego me habla usted de tradición y plagia lo de que no es tradición es plagio. ¿Qué? Lo más de lo que ustedes llaman tradición es plagio. Y es traición y traducción. Y poco, muy poco, casi nada, nacional, española. El ultramontanismo español, el de la vida del siglo futuro, es francés de origen. Original y originariamente francés. El marqués de Valdegamas, fue más afrancesado que el conde de Floridablanca. Eran mucho más españoles, más nacionales, más castizos, los más de los heterodoxos que se le indigestaron a Menéndez y Pelayo cuando mozo y periodista de a folio. Eran cristianos muchos más españoles Servet y los Valdés y Miguel de Molinos y hasta muchos que no creyeron en Dios, pero a los que se les pudo aplicar la espléndida sentencia del gran poeta místico español —catalán— mosen Jacinto Verdaguer. Aunque hay, ¡claro!, otra tradición francesa: la de Pascal. Y la de..., no quiero escandalizarle, pues está escrito que no hay que escandalizar a los pequeñuelos. Más quiero dejar sentado que si no hay una sola España, tampoco hay una sola Francia, pese a su proverbialmente supuesto centralismo. Ninguna tradición viva es unitaria. ¿Unidad católica? ¡Leyenda! y dejemos la blasfemia de que no puede ser buen español quien no es buen católico. En sus últimos años no pensaba así don Marcelino.

¿Que me renueve y acuda a la tradición? Pero no al renuevo de los renoveros. Pero ¿es que usted cree que no he sido niño? Lo he sido y ...mas no quiero profanar dolores de mi mas yo. Y recuerdo aquello de Wordsworth —uno de mis poetas favoritos— de que el niño es el padre del hombre. Para mí, padre de ocho hijos, —y aún hay nietos—, mi más padre fui yo niño, y mi más madre, la madre de mis hijos. Y ¡ay si fuese un anticipo de la vida perdurable, siquiera en la mente de Dios, en la historia callada, está mi identidad a través de mis años, de mis generaciones

98. E – VIII, 1208.

íntimas! Esto, sí: ¿pero matatiempos de tradicionalista renoveros? ¡eso, no! Niño, sí, pero en otro sentido.

No, no, señor mío; no se me venga con estos reclamos ¡estampitas, no! Y menos embelecidos de ese tradicionalismo retórico y arqueológico. Juegue su catolicidad al catolicismo e ilumine con luces de bengala la pantalla de su leyenda blanca. Y sigan abroquelándose con el nombre del Menéndez y Pelayo mozo, el periodista a su pesar y catalógico, de aquel de quien dijo Vázquez de Mella que «la muerte, celosa de la inmortalidad de su nombre, le arrebató a traición cuando iba a convertir su pluma en cetro intelectual de España». He pasado, señor mío, por una más que íntima experiencia religiosa, por una entremirada con la divina Esfinge, y ese reclamo, con achaque de pésame, me suena y me sabe a miserable política. Ella, mi santa costumbre encarnada, me confirmó, más allá de la creencia y la descreencia, en mi religión española popular, en mi [...] ¿cristianismo - ¡sea! - laico?; y ni agua de mar, ni destilada, ni menos de aguabenditera eclesiástica pueden apagar mi sed. Se me fue con Dios: me ha dejado su rocío»⁹⁹.

No! No hay una sola España, ni política, ni religiosa, ni intelectualmente hablando, a pesar del proverbial centralismo. Que es otra cosa. Abandonemos la blasfemia, dirá Unamuno, de que no puede ser buen español quien no sea buen católico; aunque lo ha dicho don Marcelino. Quede constancia aquí lo que escribió su discípulo Unamuno: en sus últimos años no pensaba así don Marcelino».

El 15 de enero de 1935 publicó Unamuno en el madrileño *Ahora* el artículo «Lectores de español»¹⁰⁰, en el que una vez más vuelven a aparecer sus recuerdos de don Marcelino:

Tiempo hubo en el que nuestro gran don Marcelino, el santón de la crítica — y se lo dije a él mismo—, hizo, sin quererlo ni saberlo, un cierto daño con sus obras ofreciendo a los pobres opositores de cátedras un remedio-vagos que les ahorra el trato directo y continuo con los otros autores, con los verdaderos autores, con los creadores de lengua y de literatura, y no con los críticos y expositores. ¿Y qué se diría de la crítica de las críticas? ¿Quién se atrevía a opinar contra el fallo de don Marcelino? Su pluma, «cetro intelectual de España», dijo el muy barroco Vázquez de Mella. Tomábanse los juicios de Menéndez y Pelayo ya hechos, como pavos a quienes se les empaniza con nueces, con sus cáscaras y todo. Apenas si a muchos se les ocurría leer lo que leyó don Marcelino, y aun más —pues mucho dejó sin leer o más que echar vistazos bastante más de los que supone una absurda leyenda de papanatas—, y leerlo como él lo leía. ¡Qué formidable lector el gran maestro! Lector en voz alta quiero decir. Y mejos declamador ¡qué buena manera de declamar la suya!

Al escribir el texto le vino a la memoria los recuerdos que tenía de sus clases:

En uno de los cursos de don Marcelino a que asistí nos leyó (o declamó más bien) en clase —pues ello lo pedía— el prólogo de la *Historia del levantamiento y guerra*

99. E – VIII, 1210 -11.

100. E – IV, 472-4.

de *Cataluña en tiempo de Fernando IV*, de Melo, y su discurso de Pau Clarís, y fue tal el efecto que aquella lectura —lectura es lección— nos produjo a los oyentes, que salimos a leer o releer a Melo y a comprar algunos —en librería de lance acaso— su maravilloso libro declamatorio. Y entonces comprendí algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido, entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé clara cuenta de todo su contenido artístico. Hay quienes no se enteran de algo que han leído —y acaso varias veces, o a lo mejor, se lo saben de memoria pasiva— hasta que se lo han oído leer a lector recreador. Tal era don Marcelino.

Meses antes de que Unamuno falleciese publicó, también en *Ahora* (27-IV-1936), «Mis santas compañías», artículo donde van almacenándose los recuerdos de cuantos dejaron huella en su vida, comenzando por Antonio de Trueba (Antón de los Cantares), y siguiendo por don Marcelino y otros:

y le oigo que me pregunta malicioso y tartamudeando: «Diga usted, Miguel, ¿ese Gote, Guete o como se diga, tenía tanto talento como decía Menéndez y Pelayo?». Y evocado así se me presenta don Marcelino, de quien fui alumno oficial en el curso 1883 a 84 y que presidió, en el 91, el tribunal que me dio cátedra y de que formó parte don Juan Valera. Y éste, ciego ya, empeñándose, años después en su casa, mientras bebía coñac a lentos sorbitos, en convertirme al culto de la grandeza poética de Quintana con aquello de que escribió sus cantos con un órgano corporal que la decencia me impide identificar¹⁰¹.

¿Qué fue, al final, don Marcelino para Unamuno?, me pregunto. Todo ello y mucho más. Un poeta, hasta en la erudición¹⁰². Vive aún en su recuerdo el «hermoso canto» que hizo de una de las galernas del mar de Santander. Nos lo cuenta Unamuno en «Desde la Magdalena», el 22 de agosto de 1934. Fue don Marcelino, para Unamuno, «el español contemporáneo de quien he aprendido más»¹⁰³.

Ahí está Menéndez y Pelayo, cuya erudición y portentosa memoria tanto se alababa en un tiempo; pero en parte para escatimarle otras dotes más fundamentales de su espíritu, la amplia y castiza rozagancia de su estilo —tan español también hasta en sus defectos—, el soberano arte de resucitar épocas pasadas, y su soplo poético, en fin. Poético, sí, incluso en sus poesías, robustas y llenas, de las que no se habla lo que se debiera. Y por esto más que por su erudición —de la que por lo que hace a lo no español habría mucho que hablar— por lo que ha de quedar como modelo clásico.

El resto, ya lo he dicho. Transcribo muchos textos de Unamuno para que quede constancia de lo afirmado.

101. E – VIII, 1253-5.

102. E – I, 672.

103. E – III, 943: «Sobre la tumba de Costa», en: *Nuestro tiempo* (Madrid), nº 147, marzo 1911.